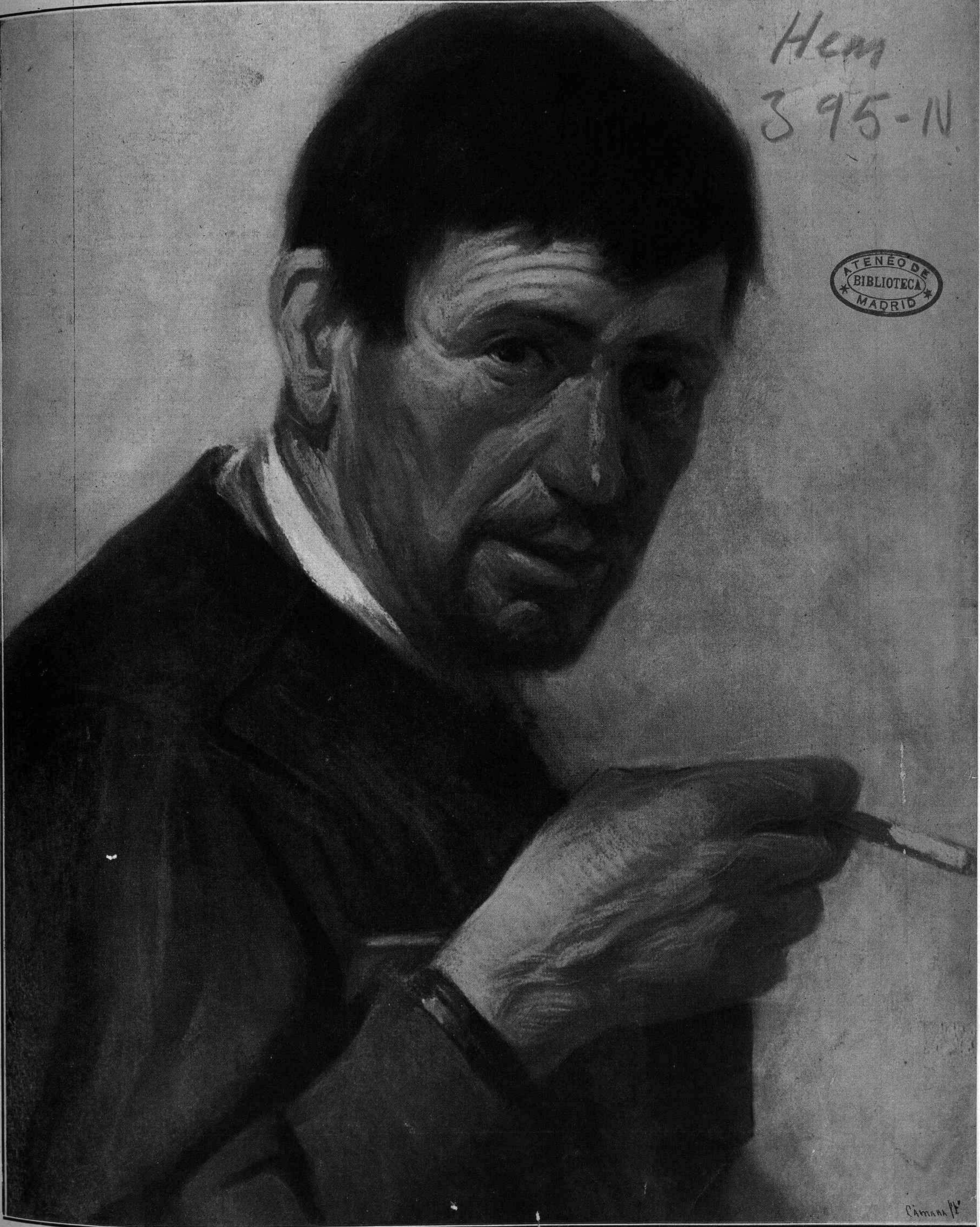


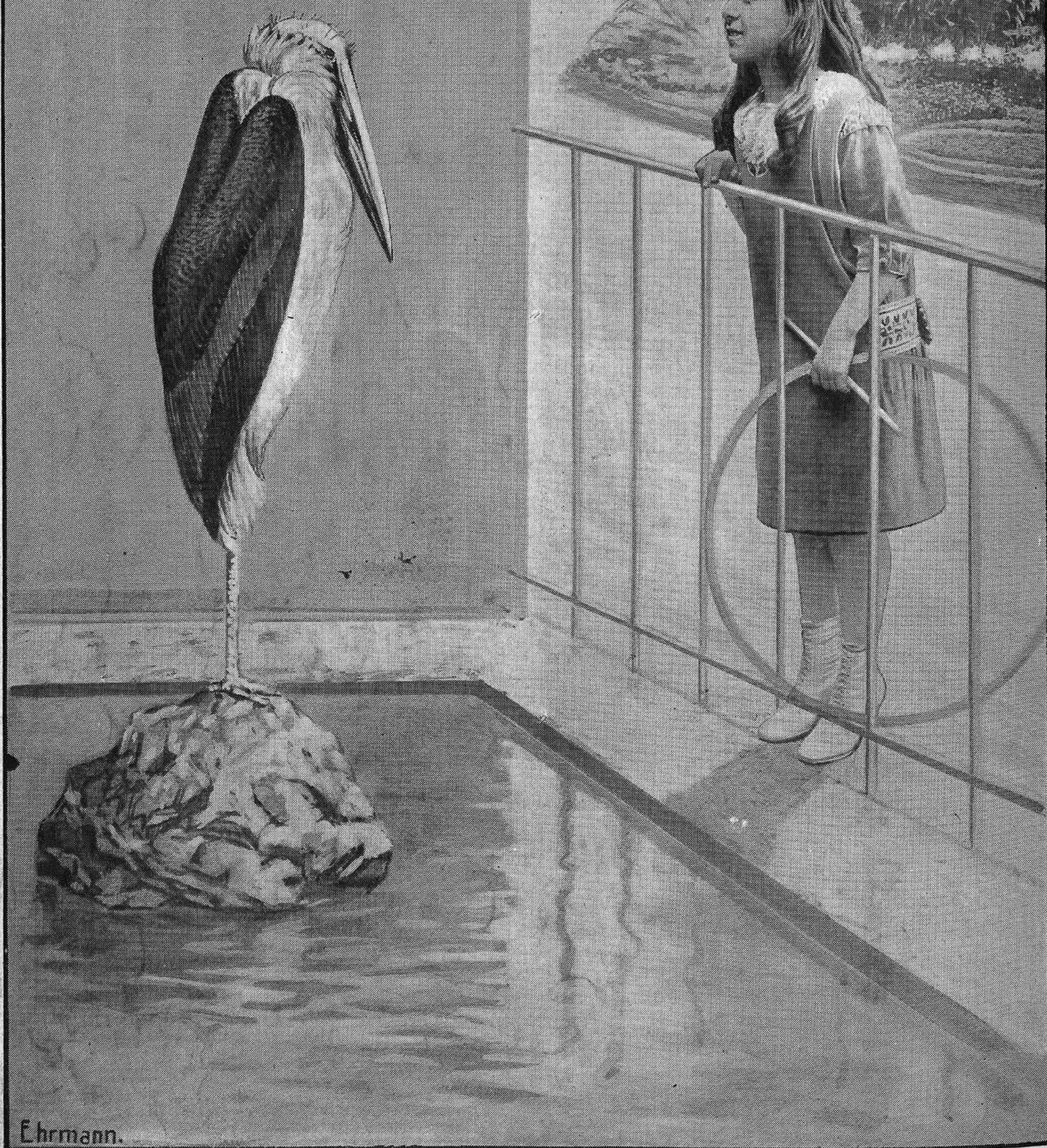
La Esfera

Año I * Núm. 27

Precio: 50 cénts.



¡Pobrecillo! Eres calvo.....
Como papá antes de emplear
el **PETRÓLEO GAL**



Ehrmann.

Año I

4 de Julio de 1914

Núm. 27

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ADOLFO FEDERICO

Gran duque de Mecklenburgo Strelitz, que ha sido elevado al Trono después de la muerte de su augusto padre, ocurrida recientemente

PRÍNCIPES AUSTRIACOS ASESINADOS LOS ATENTADOS DE SARAJEVO

CRIMEN anarquista? ¿Crimen nacionalista? ¿Obra de malvados? ¿Obra de locos? ¡Que más da! Para el Emperador Francisco José, venerable por su gloriosa historia personal, habrá sido un nuevo dolor en esa tremenda tragedia que parece inacabable... Maximiliano fusilado en Méjico, Rodolfo suicida en Mayerling, Juan desaparecido misteriosamente, Isabel asesinada en Suiza y ahora Francisco Fernando en quien había concentrado todos sus afectos, y en quien había puesto todas sus esperanzas de que la misión providencial de mantener unido el centro de Europa, iba a ser continuada... A ese precio de sangre no vale la pena de reinar. Es seguro que si este hombre, en su mocedad bravía, cuando a los diez y ocho años le entregan la Corona

y no siente temor ante la sublevación de Hungría ni ante las guerras con Cerdeña y Francia, hubiese tenido una visión cierta de su vida, y hubiese sabido que su hermano, su mujer, su hijo, sus sobrinos, habrían de ir pagando con sus vidas el delito de estar en la cumbre, hubiera rechazado su doble cetro de Emperador, que tantos dolores le ha costado. Así, al recibir la noticia del asesinato de Francisco Fernando, ha podido el pobre anciano llorar como un niño y exclamar: «¡Bien podré decir, al irme de este mundo, que no me ha sido negada ninguna amargura!» Y acaso, sobre todas, aun sobre la de aquella muerte trágica y vergonzosa de su propio hijo, la de ver que la labor de toda su vida ha sido estéril, porque el Emperador es como un broche que sujetara a Austria y a Hungría en un mismo consorcio de poder y que uniera bajo un mismo dominio a pueblos de distintas razas y religiones.

El archiduque asesinado iba a ser eso mismo; espíritu militarista é imperialista, tenía el mismo concepto del Estado que había de gobernar; era ya el cooperador que compensaba con su espíritu fuerte el temblor de las manos ancianas, y hubiera sido el continuador de la obra, acaso el vengador contra Francia de la derrota de Solferino, acaso el detentador contra Italia de la Lombardía y, seguramente, el ejecutor en la agonía de los pueblos balcánicos, el realizador del ensueño de tener anchas playas en el mar Adriático... Basta mirar su retrato para saber que hubiera sido así, que esas eran las páginas de historia que anhelaba escribir. En su frente amplia, en su entrecejo duro, en sus ojos ensombrecidos podía leer cualquier agorero la obsesión de grandes ensueños no cumplidos...

Y por eso ha sido asesinado. No sé quién ha escrito—lo he leído no recuerdo dónde,—que el crimen político lo engendra, no las ideas anar-

quistas, fenianas, nihilistas, masónicas ni apostólicas, sino un instinto singular que enloquece a algunos cerebros con el vértigo de ser motores de la historia, precipitadores de los sucesos humanos. En el orden de las ideas, está suficien-

ran los accidentes de la vida de las demás naciones. Pero una bomba, un disparo, descartando con la muerte uno de los factores, acelera los sucesos. Para los criminales esto es todo.

Para los hombres de corazón hay en esa tragedia una figura a la que todos los labios creyentes dedicarán una oración misericordiosa.

Es la mujer.

Por su amor puso en riesgo Francisco Fernando su derecho a heredar la corona del Imperio.

Elevada a la diestra de un trono, veía con admirable serenidad asegurada fuera de su hogar la sucesión.

Sus hijos llegarían a ser los hijos del Emperador, pero jamás reinarían. A pesar de su sangre real fueron destronados antes de nacer. Y todo esto era un tributo a su amor. Sofía Chotek era un modelo de mujeres en la difícil vida cortesana; más difícil para las que ganan, como Draga de Servia, como Eugenia de Montijo, por su talento ó su belleza, el derecho a compartir un trono.

Acompañó a su marido en largos viajes; no supo separarse de él ni en la hora en que la muerte le acechaba y así le ha rendido su vida en un mismo minuto de agonía. Y quedan esos tres niños, que han pagado a la razón de Estado con su desheredamiento y su orfandad, la fatalidad de dolor que persigue a los suyos. Descendientes de la casa de Austria y de las Dos Sicilias, no sabrán ya más del poder, sino que cuesta lágrimas.

Un nuevo heredero, que seguramente contaba con tardar muchos años en llegar al trono, ve cerca su hora de honores y de grandezas. Ante él la vida se ofrece con el más doloroso contraste, porque de esa locura que quiere acelerar las páginas de la Historia, hay salpicaduras en todos los tronos y en todos los sillones presidenciales.

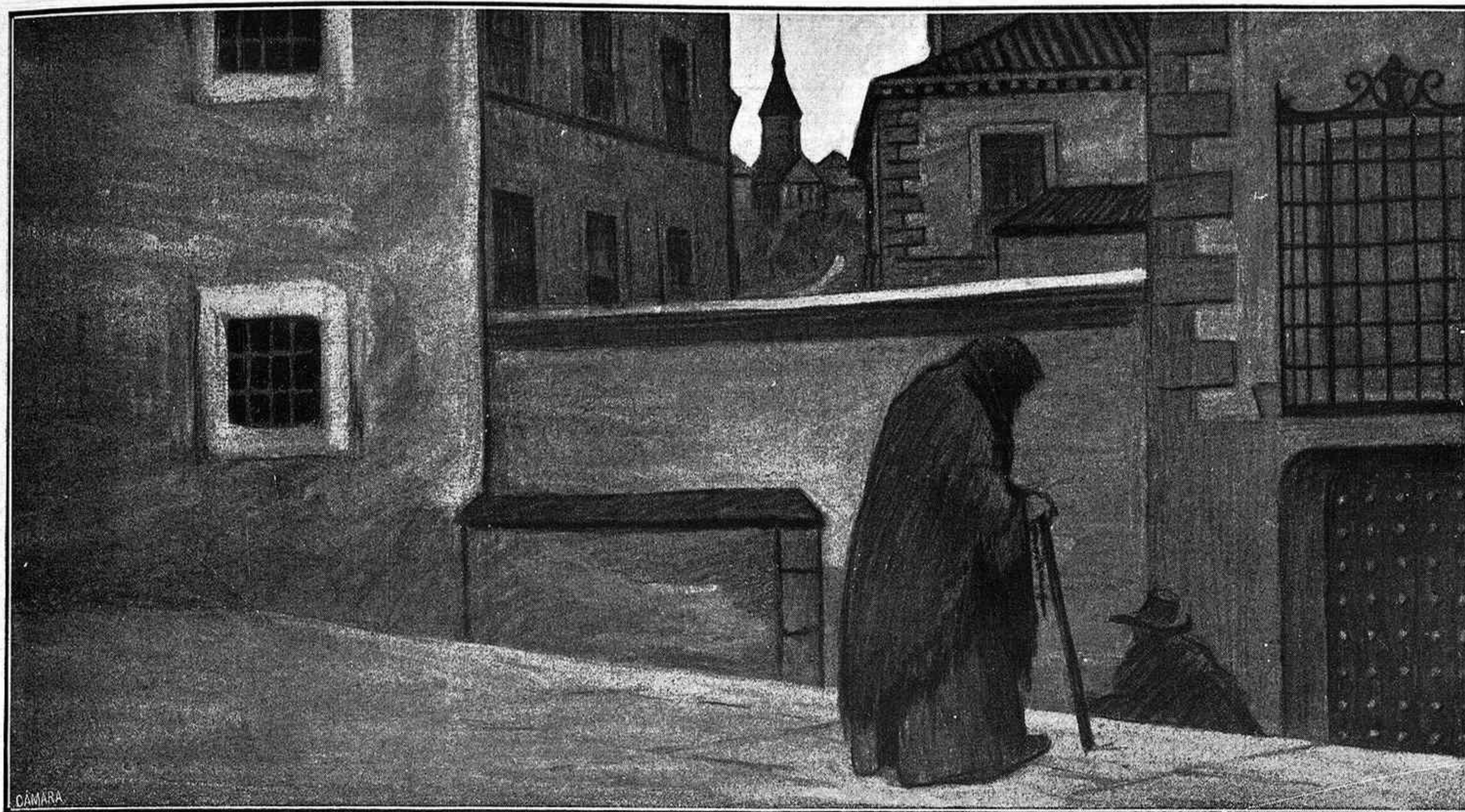
DIONISIO PÉREZ



El archiduque Francisco Fernando, con su esposa la princesa Sofía de Hohenberg y sus hijos. :: Los dos primeros han muerto en Sarajevo el día 28 de Junio, víctimas de un atentado



El archiduque Carlos Francisco José, con su esposa la princesa Zita y sus hijos. :: El archiduque Carlos es ahora, muerto Francisco Fernando, heredero del trono de Austria



DIBUJO DE OLIVERA

EL BREVIARIO

Del reciente libro "Poemas de humildad y de ensueño"

DE la vieja ciudad prócer por las calles solitarias,
cuando el alba va extinguiendo las celestes luminarias
con el pálido reflejo de sus blancos esmeriles
y sus ráfagas sutiles
estremecen junto al río
de los olmos seculares los ramajes friolentos;
cuando de las inafrentes en el pórtico sombrío
muestran ya las esculturas sus semblantes macilentos;
mientras vuelan las palomas sobre el ábside redondo,
escuchando de la torre las campanas temblorosas,
que á los montes escarpados y del valle á lo más hondo
mandan lentas el conjuro del misterio de las cosas,
despacito marcha Juana,
apoyándose en la curva de su báculo de anciana,
con su manto y su breviario,
á su mano sarmentosa dando vueltas el rosario,
á rezar, grave y contrita, sus plegarias balbucientes
ante el ara immaculada de la Reina de los cielos,
y á pensar en otra vida de horizontes más rientes,
donde vuelven los amores y se encuentra á los ausentes
y las penas se concluyen y se acaban los desvelos.
¡Oh, mañana perfumada! Huele á juncias y ramajes
y á pan tierno y á rebaño que camina hacia el otero,
y en el huerto de las monjas huele á acacias y á follajes,
y en la cuesta de las cruces á jazmines y á romero.
Tierra madre que condensa nueva vida en sus entrañas,
vaso eterno que al espacio se levanta envuelto en bruma,
y que guarda en su sagrario las esencias más extrañas
y que todo cuanto surge lo embellece y lo perfuma.
Juana siente el llamamiento
de lo magno que se extiende más allá del firmamento,
y camina presurosa por la calle á media sombra,
por las piedras seculares donde el musgo hace su alfombra,
y, á la par que reza y gime,
comenzando ya los ritos que son todos sus deberes,
con el báculo hace el ritmo de esa música sublime
cuyas notas misteriosas sólo saben las mujeres.
Templo augusto de fachada por los siglos carcomida.
¡Cuánta grey adolorida,
implorándote consuelo no ha pisado tus umbrales!
Tus capillas sepulcrales
donde próceres adustos duermen sueño de granito,
tus polí cromos vitrales,
cuando fundieron los artistas al calor de lo infinito,
¡cuántas quejas no escucharon, qué de frases punzadoras!
¡Qué de lágrimas no vieron, qué de místicas querellas!
¡Cómo en tus hendidias losas, sin cesar, dejaron huellas
las pisadas vacilantes de las plantas pecadoras!
¡Cómo en tu recinto inmenso
se elevaron las plegarias con el humo del incienso!
Y, aun á veces, torpe el labio,
ante el ara sacrosanta formuló la rebeldía
y en tus naveas no hay un fuste que no sepa una agonía,
ni hay imagen sin blasfemia, ni moldura sin agravio.

Allí Juana, embelesada, va á pasar horas enteras.
¡Ay! Allí sólo es dichosa; sólo allí son verdaderas
las promesas de ventura; sólo allí surge el olvido.
Todo, todo lo ha perdido;
todo Dios se lo ha quitado, y ya sólo en Dios confía.
¿Dónde están aquellos seres que eran toda su alegría?
¿Dónde el compañero amante que cubrió piadosa tierra?
¿Dónde el hijo que en la guerra
cayó al plomo de las balas exclamando:—¡Madre mía!
Y por ellos halla fuerzas al pasar tantos desvelos,
y por ellos, á la Virgen, reza interminables horas.
Si en la gloria no ha de verlos, ¿para qué nuevas auroras?
Si en la muerte todo acaba, ¿para qué Dios en los cielos?

Cuando acaba su rosario,
pasa su fervor devoto por las hojas del breviario.
Es un libro muy usado, de cubierta en pergamino,
que sin duda es obra magna de algún místico divino.
Desde luego, ingenuamente, por su gloria al Señor ruega,
y adivina sus sentencias llenas de inmortal fragancia.
Para ella ¡ay! es un enigma, porque se halla medio ciega,
y, además, está en idioma que no entiende su ignorancia.
Pero, con sus flacos dedos, con deleite la acaricia;
es para ella una reliquia de valor grande y seguro
y, en sus místicos trasportes, lo contempla con delicia
y lo guarda con cariño, como á un guía noble y puro.
Nunca olvida el forastero que, aceptando su hospedaje,
en sus manos reverentes se lo puso como gaje.
¡Oh sangrienta y necia burla de un espíritu rastrero!
Servo arbitrio, en letras rojas, está escrito en la portada.
¿A decirle quién se atreve, pobre anciana atribulada,
que el breviario de oraciones es un libro de Lutero?
¡Pobre Juana! Aniquilada, melancólica, suspira,
y á la santa Virgen mira
como al único consuelo de los tristes pecadores.
¿Quién será el que la conteste, despreciando sus dolores,
al matar sus esperanzas: «Esa virgen es mentira»?
¿Quién dirá sin menoscabo
del honor y sin enojo del Poder Omnipotente:
«Ese libro que contemplas te revela claramente
en sus párrafos oscuros que tu espíritu es esclavo»?
¡Oh! Que su ignorancia siga,
que perciba en los altares el fulgor de la esperanza,
que conserve hasta la muerte su benéfica ignorancia,
porque es santa la ignorancia cuando no hay mejor amiga.
¡Cuán felices los humanos
que no pierden la esperanza ni en los grandes desconsuelos,
y con sus ensueños abren los postigos de los cielos
y se duermen ignorantes con un libro entre las manos!
Aun más tristes que esos tristes las pasiones nos maltratan,
y buscando de los libros las verdades prodigiosas,
caminamos anhelantes tras las ciencias de las cosas,
nos matamos por saberlas y, en sabiéndolas, nos matan.

ANTONIO ZOZAYA

CRÓNICA TEATRAL



Una escena de la leyenda lírica "La flor del agua", original de D. Víctor Said Armesto y del maestro Conrado del Campo
FOT. SALAZAR

El pequeño mundo que vive entre bastidores es también supersticioso. Víctor Said Armesto, el autor de *La flor del agua*, erudito rebuscador de consejas populares, de tradiciones y leyendas, podrá, si quiere, echarse a buscar las raíces de esa superstición. Al teatro van a parar gentes de las más remotas clases sociales, que vienen de todas partes y traen todos los prejuicios. Su microcosmos es como síntesis del otro más grande que le rodea y tiene sus virtudes y sus defectos en caricatura. Acercaos a él, seguid la vida pintoresca de las tablas y veréis cómo hombres y mujeres padecen la preocupación del azar y buscan en los hechos vulgares de todos los días la huella del destino que va guiando sus pasos. De la superstición en el teatro debería hacerse un libro que seguramente tendría gran interés y Said Armesto, si lo escribiera, podría incluir al final la historia de *La flor del agua*.

Ya está vencido el sino de *La flor del agua*. Se le atribuye por un cúmulo de curiosas coincidencias, la muerte de Chapí, el incendio de la Zarzuela, la ruina de dos empresas y por último la grave enfermedad de Said Armesto que a todos sus amigos tuvo en cuidado, singularmente la noche del estreno. Sea como fuese, la leyenda recién forjada, dice que el encanto se ha roto y el maleficio está ya conjurado.

Pero hay en la suerte de esta obra, en la que han colaborado dos hombres de méritos excepcionales como Said Armesto, el autor de *La leyenda de don Juan*, y Conrado del Campo, el autor de *Los caprichos románticos*, algo que interesa profundamente como un secreto del destino: ¿Qué hace falta para el éxito? ¿Con qué armas es preciso luchar en la vida para vencer?

Hay seres privilegiados que parecen venidos al mundo con papeleta de favor. Las puertas abiertas, el triunfo fácil, un ambiente de simpatía en torno suyo, el apoyo de todos sin solicitarlo, casi sin agradecerlo, como si fuese un tributo debido a su propio valer. Son los imberbes consagrados, los catedráticos, los diputa-

dos de veinticinco años. Ellos no necesitan las oposiciones de Menéndez Pelayo ni el discurso de Castelar en el Teatro Real. Les basta con dejarse llevar. Para éstos la vida es tan llana y el camino tan cómodo que en realidad no vencen. No han luchado. Les ayudan los ángeles tutelares que unas veces puede ser, en efecto, el ángel de la guarda y otras el genio benéfico de la familia.

De estos felices mortales todos conocemos un montón. Ni siquiera puede amargarles su éxito el juicio desfavorable de los censores más severos y más autorizados, porque la fortuna es justa y no les ayuda indebidamente. Pero hay, en cambio, otros que deben pagar el mismo triunfo a un precio elevadísimo. La vida les exige para cada avance las usuras de Shilock, y van dejándose, a cambio de cosas nimias, pedazos de su carne. Estos son los que llegan a todo cuando ya es demasiado tarde, y no podrán evitar nunca un gesto de fatiga y de desencanto.

Said Armesto, con un bagaje enorme, suficiente para acometer grandes empresas, ha puesto en esta obra de *La flor del agua* más ilusiones y más esfuerzos que cualquier principiante audaz en una obra de vuelos y de éxito definitivo. ¿Quién puede imaginar, al bajarse el telón tras el último cuadro del poema, que ha intervenido en él una mano fuerte y sabia, un espíritu culto, verdaderamente superior? Tantas y tan altas cualidades—diría el público si pudiera hablar—no te hacen falta. Hemos venido sólo a distraernos, y si tu talento no fuera más allá que a hacernos agradable esta hora, para nosotros sería lo mismo. Y tendrían razón. ¿Qué le importa a él ese mérito literario, que consiste en crearse sólidamente, día por día, una preparación para todas las disciplinas, ni cómo va a estimar en los cantables, forzosamente falsos y artificiosos, el arte de un escritor de verdad, sin trampa ni cartón? Said Armesto tiene una de las historias más limpias entre toda la juventud literaria. Ha pasado muchos años en un rincón de Galicia, en

Santiago, leyendo y estudiando. Quizá sea el lector más formidable que hemos conocido después del *único*, de D. Marcelino, y como tuvo en la época de crisálida a su disposición la biblioteca de Muruais, nutrida por las mejores librerías francesas, llegó a formarse un clasicista bien enterado de las letras contemporáneas extranjeras, caso excepcional aquí, donde parecen incompatibles las dos concepciones del mundo, tal como lo vemos nosotros y tal como lo ven al otro lado de la frontera. Para llegar a la cátedra de «Literatura galaico-portuguesa», en la Universidad central, Said Armesto ha necesitado mucho tiempo y una lucha tenaz.

¿Qué le importa todo esto al público de la Zarzuela y qué le importan las extraordinarias aptitudes de Said Armesto como orador? Le hemos oído en el Ateneo discursos maravillosos, viniendo a fuerza de voluntad y de claridad de inteligencia, dificultades naturales. El auditorio se iba tras él lleno de admiración y de entusiasmo y al terminar cada conferencia suya siempre escuchábamos el mismo elogio: Said Armesto es uno de los primeros oradores de España.

Talento, cultura, palabra... ¿Hace falta algo más para vencer? Yo no tengo títulos para juzgar a Conrado del Campo y debo aceptar, como incompetente, la fama que me encuentro hecha. Compositores como Villar han dicho de él que es el músico español que más produce, llamando la atención la solidez técnica y la ciencia musical con que construye sus obras. He oído que el autor de *El Cristo de la Vega* y de *La divina Comedia* y del *Cuarteto en mí*, conoce todos los secretos de su arte, por el que tiene verdadera vocación. Ha acompañado en su suerte a Said Armesto y ha obtenido como él un éxito pequeño para un esfuerzo grande.

Pero el destino de todos es luchar. Tarde ó temprano ese sino fatal acaba por rendirse cuando se lucha con él como el caballero Bayardo, sin temor y sin tacha.

Luis BELLO

DE NORTE A SUR



La baronesa Berta de Suttner, célebre pacifista á la que se había concedido el premio Nobel y que ha muerto recientemente en Viena.

La baronesa Suttner

En Viena ha muerto la baronesa Berta de Suttner. Tenía setenta y un años y su corazón había conquistado para su frente los laureles del premio Nobel; estos laureles más gratos que los otros heroicos que no se manchan de negros crespones, sino que completarán un bello acorde decorativo de verde, azul y blanco al ser traídos por una paloma bajo la serenidad sideral de un mediodía.

Berta Kinsky era hija de un feld-mariscal. Su infancia estuvo cercada de marciales ecos, uniformes pomposos y bélicos relatos.

Este ambiente militarista había de influir en su vida futura. Pero de un modo inverso.

Así esta hija de un feld-mariscal y esposa luego de otro militar, el barón de Suttner, habría de ser la más ardiente é infatigable de las pacifistas.

Desde 1886 databa su renovación espiritual. El relativo éxito literario de su novela *Die Waffen nieder* publicada el año anterior, quedó borrado por su obra *La Paz* que obtuvo una resonancia mundial y que está traducida á casi todos los idiomas — menos al nuestro, naturalmente—.

La revista que fundara el año 1892 en Dresde sirvió luego de órgano oficial de las Conferencias pacifistas.

No le faltaron, durante su vida tan larga, los trágicos motivos para odiar la guerra.

Repasad imaginativamente los cincuenta años últimos de historia contemporánea y veréis cómo la crueldad y la ambición han enrojecido muchas veces á Europa y América y África y Asia. La niebla de la pólvora oscureció muchas veces los cielos de Occidente y de Oriente. Razas hermanas, razas distintas, contaban por millones sus muertos.

Y mientras tanto, esta mujer y unos cuantos hombres trabajaban por el advenimiento de los días immaculados, que acaso nuestros nietos no disfruten tampoco. Días consagrados únicamente á las pasiones nobles, al culto de las inteligencias, á las fecundas energías del amor. Días que probablemente no habrán de llegar nunca.

Un monumento á dos mujeres.

En París la mujer es siempre una actualidad. Pero rara vez las mujeres de París merecen un monumento. Tienen bastante con los dibujos de sus caricaturistas, los retratos de La Gándara y Boldini, y con las comedias de Bataille ó Donnay. Sin embargo, cuando estas mujeres de las caricaturas, de los retratos aduladores y de las comedias de complicados sensualismos y cínicas frivolidades, se hayan olvidado, todavía permanecerán como un ejemplo de bondad y de grandeza femenina, estas dos mujeres del monumento de Moreau Vauthier.

Este monumento acaba de inaugurarse en París y se ha costado con los cien mil francos del legado Osiris.

M. Osiris dejó esa cantidad para que se erigiese un monumento á la memoria de «dos mujeres de bien».

Estas dos mujeres son madame Boucicaut y la baronesa de Hirsch, que consagraron su vida á la Caridad. Respetando la expresa disposición del legatario, el monumento es todo de mármol blanco.

El escultor ha representado á madame Boucicaut inclinada para hablar con un niño que sale al encuentro de las dos damas al descender una escalinata. Detrás, erguida y señorial, la baronesa de Hirsch, escucha atenta y lleva la mano al bolsillo para sacar unas monedas.

Acaso desentone algo, en su pobreza simbólica, la otra figura de la mendiga sentada sobre el último escalón, con un niño en brazos; pero, no obstante, hay en esta obra una grata sensación de realidad emocionada y sencilla.

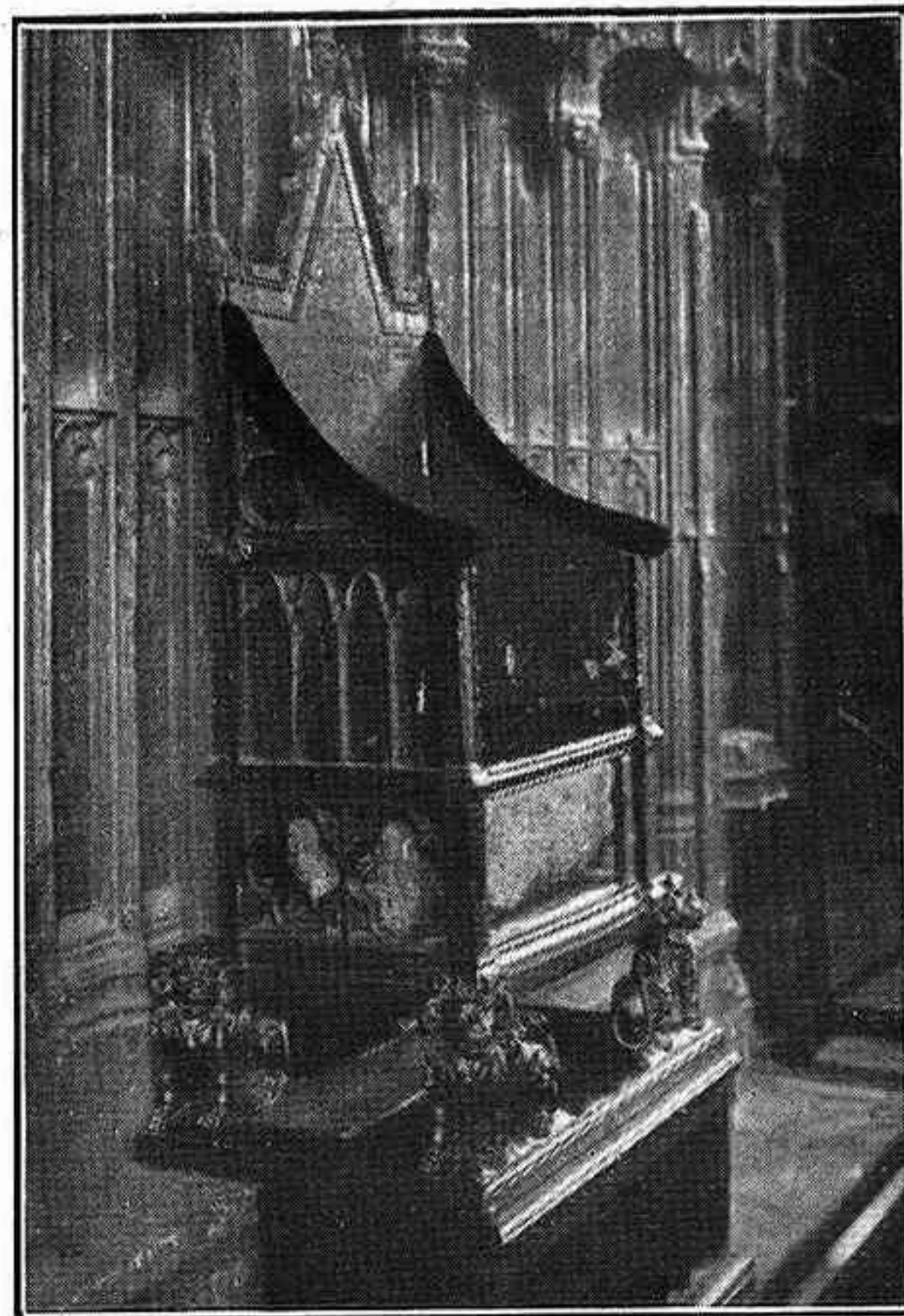
Y hay sobre todo el perdurable recuerdo de dos mujeres que en la ciudad cerraron sus oídos á las malas pasiones, y tuvieron tantas veces esos dos ademanes tan representativos de las dos esculturas: inclinarse afable sobre el humilde para oír su dolor y su miseria; llevar su mano derecha—esta mano cuyos actos debe ignorar la otra—al bolsillo para aliviar los dolores y las miserias humildes.

No; no es ciertamente ninguno de esos ademanes los que vemos en las caricaturas parisienses ni en las parisienses comedias.

Otra vez las sufragistas

Mientras otras mujeres se hacen dignas de obras de arte, las sufragistas inglesas destruyen las obras artísticas. Ya hemos dicho otras veces que en esa propaganda agresiva de las partidarias del voto femenino no hay otra cosa sino la rabia de sus fracasos sentimentales.

Ninguna de estas furias es bella. El amor pasó ante sus puertas sin detenerse. Incapaces de despertar ninguna emoción noble en el hombre, quieren despertar su cólera y su odio. Ya que no pueden reposar las cabezas, de pelo estoposo, en varoniles pechos, golpean esos pechos. Ya



Histórico sillón regio de la Cámara de Lores, en el Parlamento inglés, que ha sufrido desperfectos por la explosión de una bomba lanzada por las sufragistas.

que sus cuerpos no podían nunca inspirar á pintores y escultores, destruyen las obras de arte. No conciben los consuelos de la religión y destruyen los templos...

Si sus hazañas siguieran siendo las mismas no hablaríamos de estas miserables. Pero la cuestión parece cambiar de aspecto. Los Reyes de Inglaterra ya están asustados, Mistress Pankhurst se ha mudado frente al palacio real; se han recibido anónimos anunciando un atentado contra el príncipe de Gales, y por último, recientes están los destrozos hechos en la Abadía de Westminster, donde se han ensañado especialmente con el trono de las solemnes coronaciones.

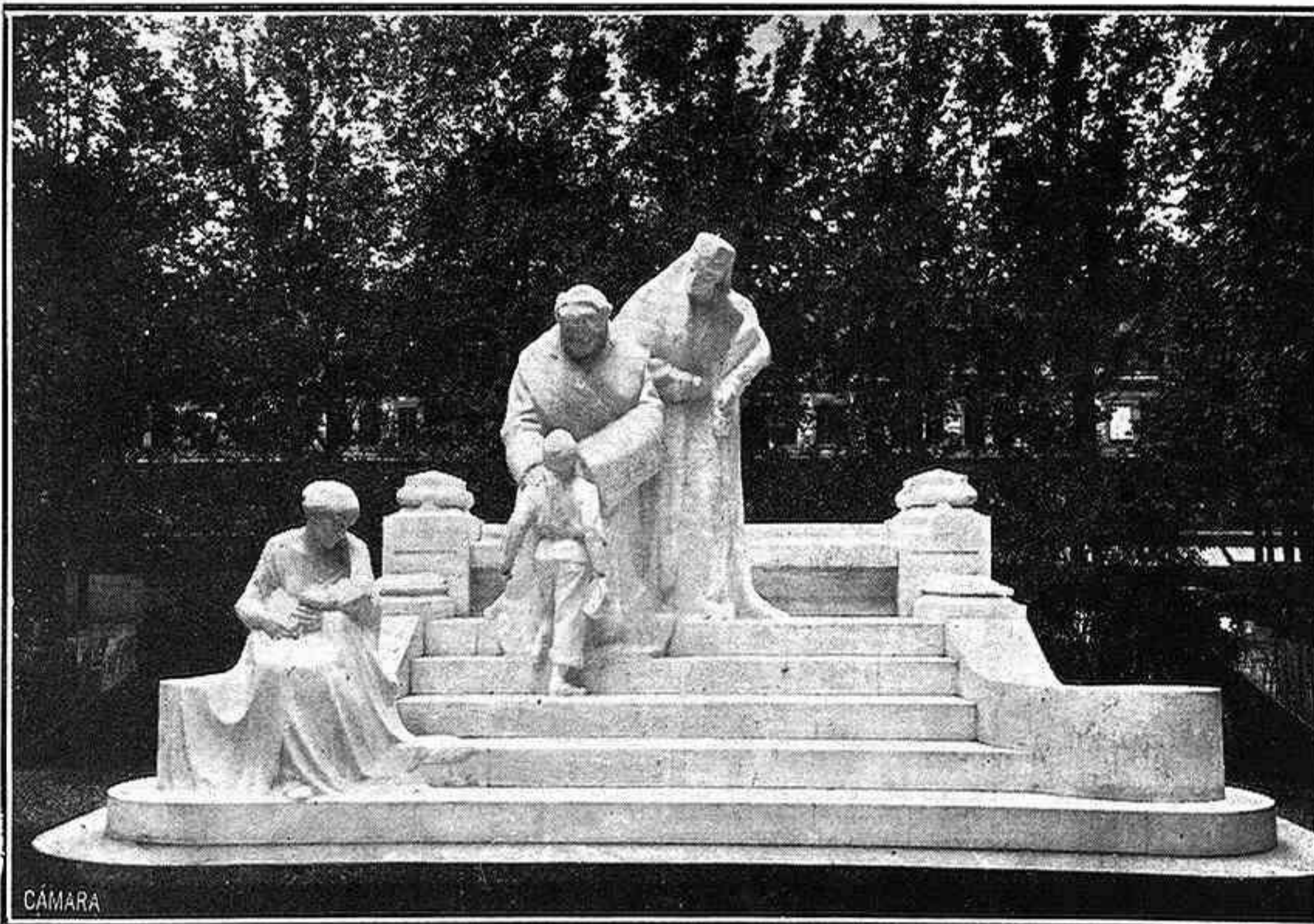
Como véis, las bromas empiezan á ser demasiado pesadas. Inglaterra era, hasta ahora, el único país donde los reyes permanecían tranquilos respecto de atentados personales. Los mismos anarquistas, agradecidos á la tolerancia con que pueden vivir en Londres, les respetaban.

Ya, sin embargo, se acabó esa tranquilidad. Jorge V ha renunciado á sus paseos matinales de Hyde Park. La reina María ya no irá á ningún teatro. Incluso han dicho las reales personas que no asistirán á ningún espectáculo, fiesta, ni ceremonias públicas.

Las sufragistas son dueñas, pues, de la ciudad. La policía nada puede contra ellas. Los reyes mismos se recluyen en su palacio.

Y cuando osan franquear las puertas de Buckingham es para encontrar á su paso el espectro, entre grotesco y trágico, del *votes for women*, contra el que lucha impotente la policía británica en sus batallas campales, siempre un poco dolorosas y un poco ridículas, en las asfaltadas calles de la gran urbe inglesa, entre la risa y la chacota del populacho ignaro.

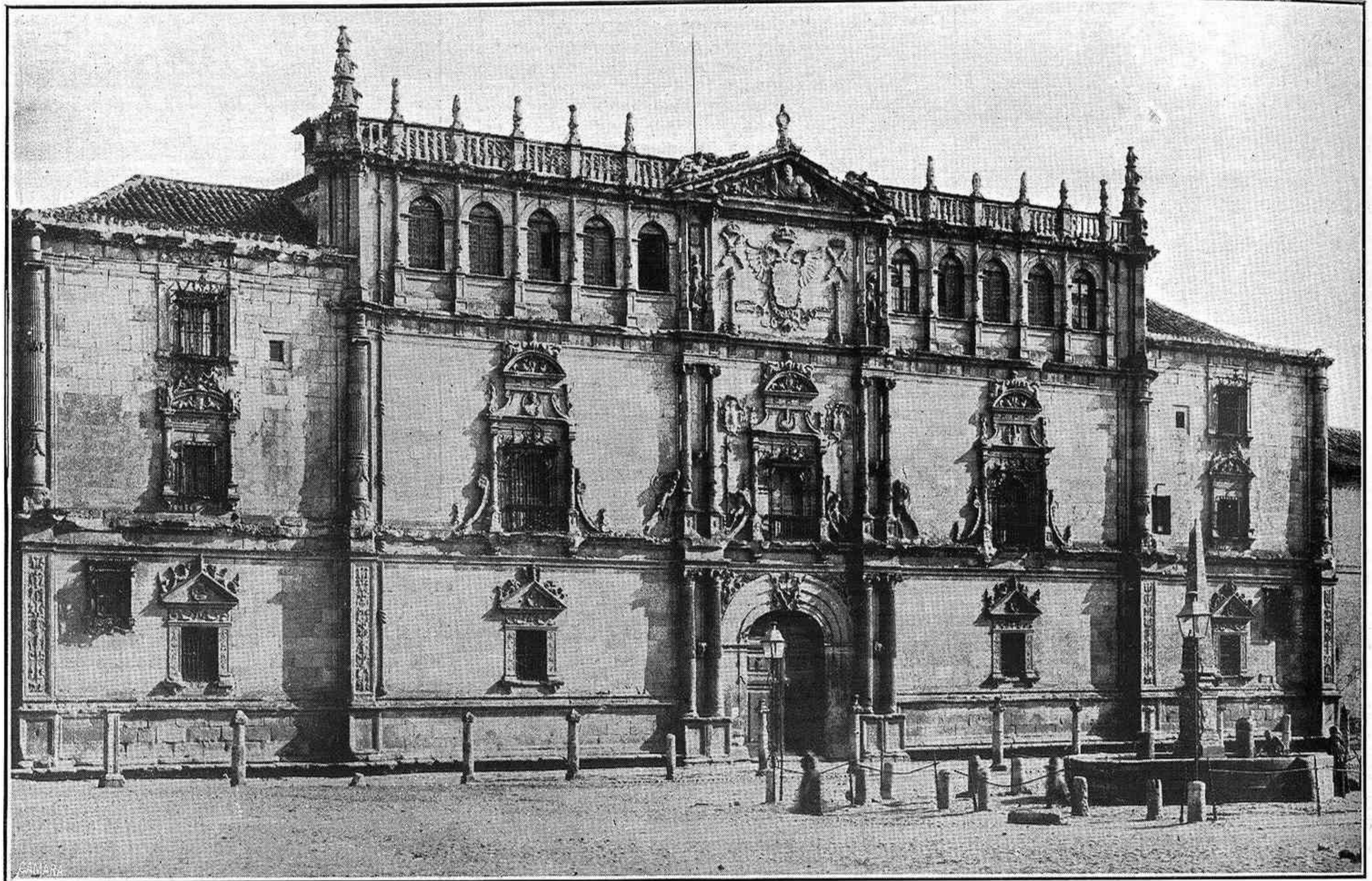
¿Será llegado el momento de que Inglaterra, la del poderoso ejército, de los grandes estadistas y de los vigorosos hombres de sport, se transforme en aquella bufa *Isla de San Balandrán*, que regocijó á nuestros abuelos, ó en la no menos bufa isla *Fémina* que ha propuesto no hace aún mucho tiempo un ingeniosísimo escritor humorista?



Monumento á la Caridad, representada por Mme. Boucicaut y la baronesa de Hirsch, erigido recientemente en París. FOTS. HUGELMANN

José FRANCÉS

CÁTEDRAS AL AIRE LIBRE
IRRADIACIONES DE CULTURA



Fachada de la Universidad de Alcalá de Henares

FOT. HAUSER Y MENET

Obsérvase actualmente un fenómeno análogo al que, en el siglo XII, produjo el éxodo de los maestros de artes, que al emigrar en París, primero al *Petit Pont*, y luego á la montaña de Santa Genoveva, formando el famoso Barrio Latino, establecieron cátedra al aire libre y emanciparon la enseñanza de rutinarias tutelas, irradiando su acción fuera del austero ambiente de las escuelas catedrales y monásticas. De igual modo, la pedagogía moderna amplía su radio de acción lejos de los deficientes y lóbregos edificios escolares y de las vetustas aulas universitarias, reintegrando el alumno á la Naturaleza y á la vida con instituciones tan pedagógicas y humanitarias como las cantinas escolares, los sanatorios infantiles, las colonias veraniegas, los viajes, paseos y excursiones, que representan procedimientos de verdadera profilaxia sanitaria y social, por aislar á los alumnos de su medio habitual, á veces deprimente, y transplantarlos á otro, saturado de oxígeno para la vida física y de ideales para la vida del alma.

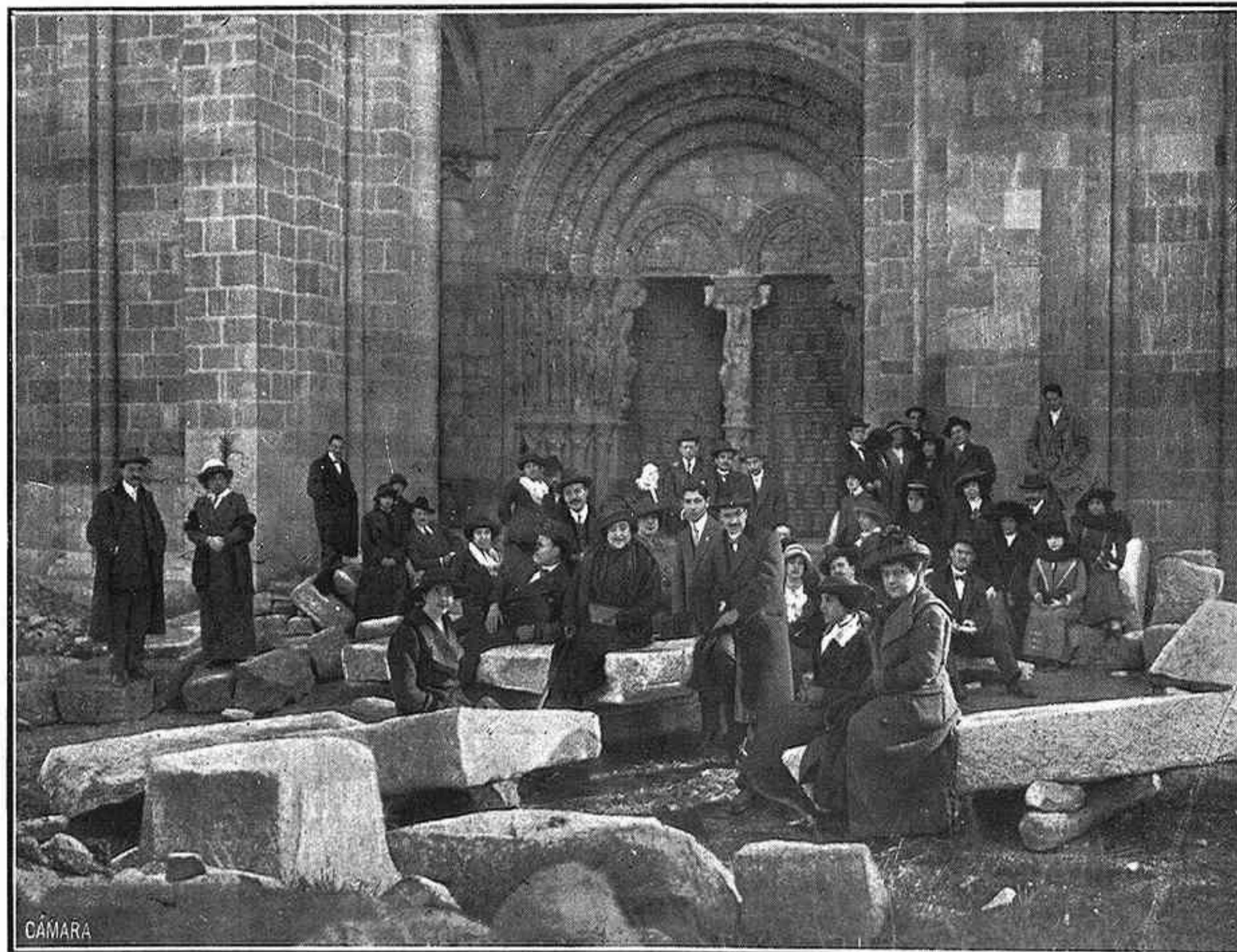
Iniciase, al mismo tiempo, como síntoma halagüeño de regeneración educativa, un sentimiento de solidaridad entre cultos é ignorantes, fuertes

y débiles, sentimiento que, á más de haber producido la extensión universitaria, amplía la finalidad, puramente instructiva, de los Centros docentes con empresas sociales tan simpáticas y altruistas como la creación de una cantina escolar, sostenida por las alumnas de la Normal de

Madrid, la organización de cursos para obreras, realizada por las profesoras de la Normal de Burgos y la de las filantrópicas *decenas*, ideadas por doña Concepción Arenal, y puestas recientemente en práctica por las profesoras de la Escuela Normal de Toledo.

Lógico y natural es, por lo tanto, que este fenómeno de expansión cultural y social se intensifique en el más moderno de nuestros Centros docentes. En la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, que, en nombre de sus ideales de coeducación y fraternidad, reúne en las mismas cátedras, en las mismas excursiones, en los mismos espectáculos cultos y artísticos, á alumnas y á alumnos, á españoles y extranjeros, á sacerdotes y soldados.

Obras de solidaridad, realizadas por las alumnas de esta Escuela, han sido la publicación de la revista *Estudios Pedagógicos*, la organización de las conferencias de cultura pedagógica en el Ateneo y la de dos colonias de vacaciones, una en Valencia y otra en Salinas, y otra de difusión didáctica, en que colaboran también profesores y alumnos con las excursiones científicas y artísticas, en que la juventud que ha de acercar los niños á la Naturaleza y



Alumnos de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio ante la portada de la iglesia de San Vicente, de Avila

CÁMARA

llevar á la escuela alegría, estética y flores, aprende á amar las maravillas naturales y artísticas, excursiones en que se entona con unción estética la *Oración en la Acrópolis* al contemplar en un Museo las reproducciones del Parthenon, en que se recuerdan jaculatorias teresianas al hollar los campos abulenses, se recitan versos de Garcilaso al cruzar la llanura de la Sagra, se leen párrafos de Navarro Ledesma al vagar de Illescas á Esquivias ó se evoca, con *Azorín*, á *La novia de Cervantes*, al visitar la casa de doña Catalina Palacios de Salazar.

Un oleaje de impresiones invade el espíritu, y en el ambiente histórico, social y estético que constituye el alma de las viejas ciudades, surgen, con plástico relieve, las figuras reales ó literarias que erraron por los templos góticos, por las callejas morunas, por los almenados adarves. La intensa y realista silueta de *La ilustre fregona*, en el Mesón del Sevillano, contrasta con la legendaria evocación de la *Galiana* del Romance-ro; la romántica poesía de las leyendas de Becker, que prestan vida á cada piedra, á cada encrucijada toledana, contrasta con la franca sátira, con el sutil discreto de Rojas, creador del señor de los Cigarrales, como la moderna visión que de Toledo nos dan los autores contemporáneos presentando dolores

palpitantes, dudas disolventes, almas abúlicas, implican rudo contraste con la fe y el arrojo de los héroes, prelados, rabinos y faquires de las leyendas, y este choque de idealidad y de realismo, esta amalgama histórico-legendaria eleva y extasía los espíritus juveniles.

La excursión deja tras sí, como una estela lu-

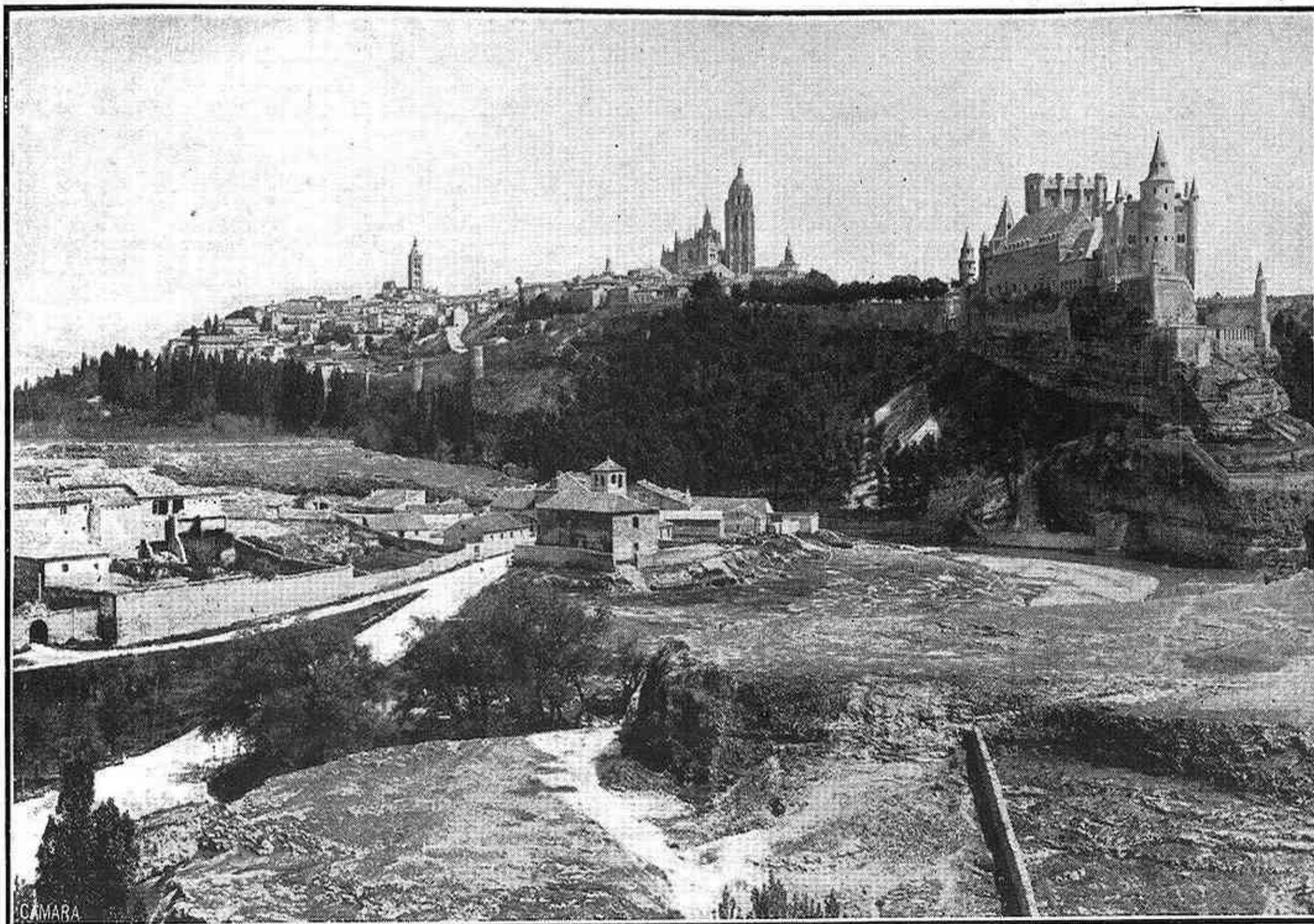
las losas, holladas tan sólo por la grave planta de los frailes, se estremecen de asombro al ser apenas desfloradas por leves pies femeniles.

Esta irradiación efusiva vuelve comunicativos hasta á los espíritus más reconcentrados ó hurafios, y nunca falta un lego bondadoso ó un jardinero galante que despoje de flores los severos

patios claustrales ó las rientes huertecillas de las antiguas sinagogas, para obsequiar á las excursionistas, y es tal la compenetración de ideales, la irradiación de confianza que tienen estas excursiones—verdaderas fiestas del corazón, como diría Berta de Suttner,—que triunfa hasta del medio hostil, atrayendo á los hurafios campesinos, absortos al ver que las glorias regionales, desconocidas por ellos, promueven estas peregrinaciones de rápsodas, que preconiza el insigne Cossío, no sólo como un medio, sino como un deber, para la difusión de la cultura. El regreso resulta encantador, el trabajo compartido alegremente, la fusión de ideales, la espontaneidad de las controversias,

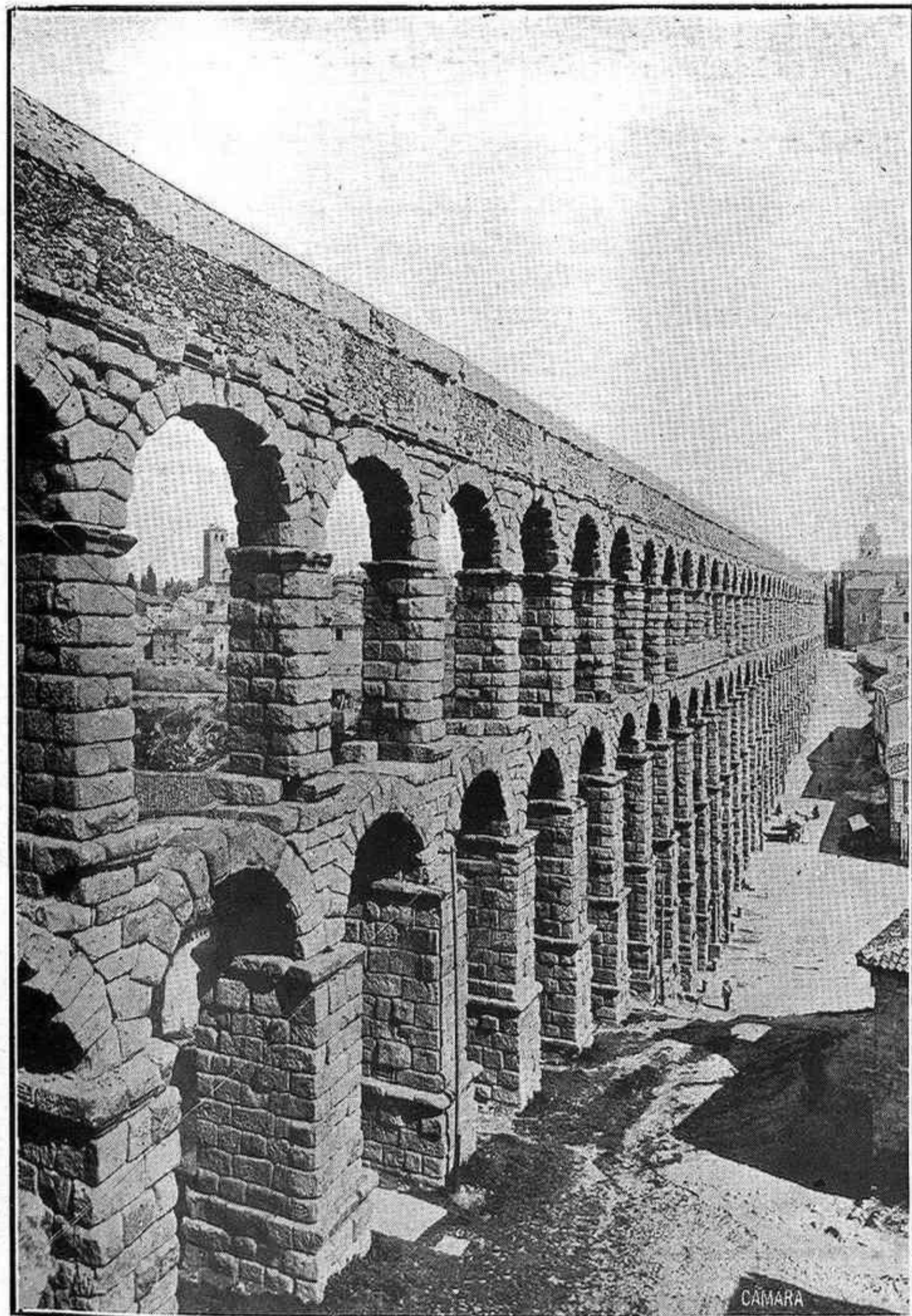
sostenidas sin imposiciones de criterio patentizan la profunda verdad con que afirmó Tolstoi que «la moderna misión del Arte consiste en realizar la unión fraternal entre los hombres».

MAGDALENA S. FUENTES

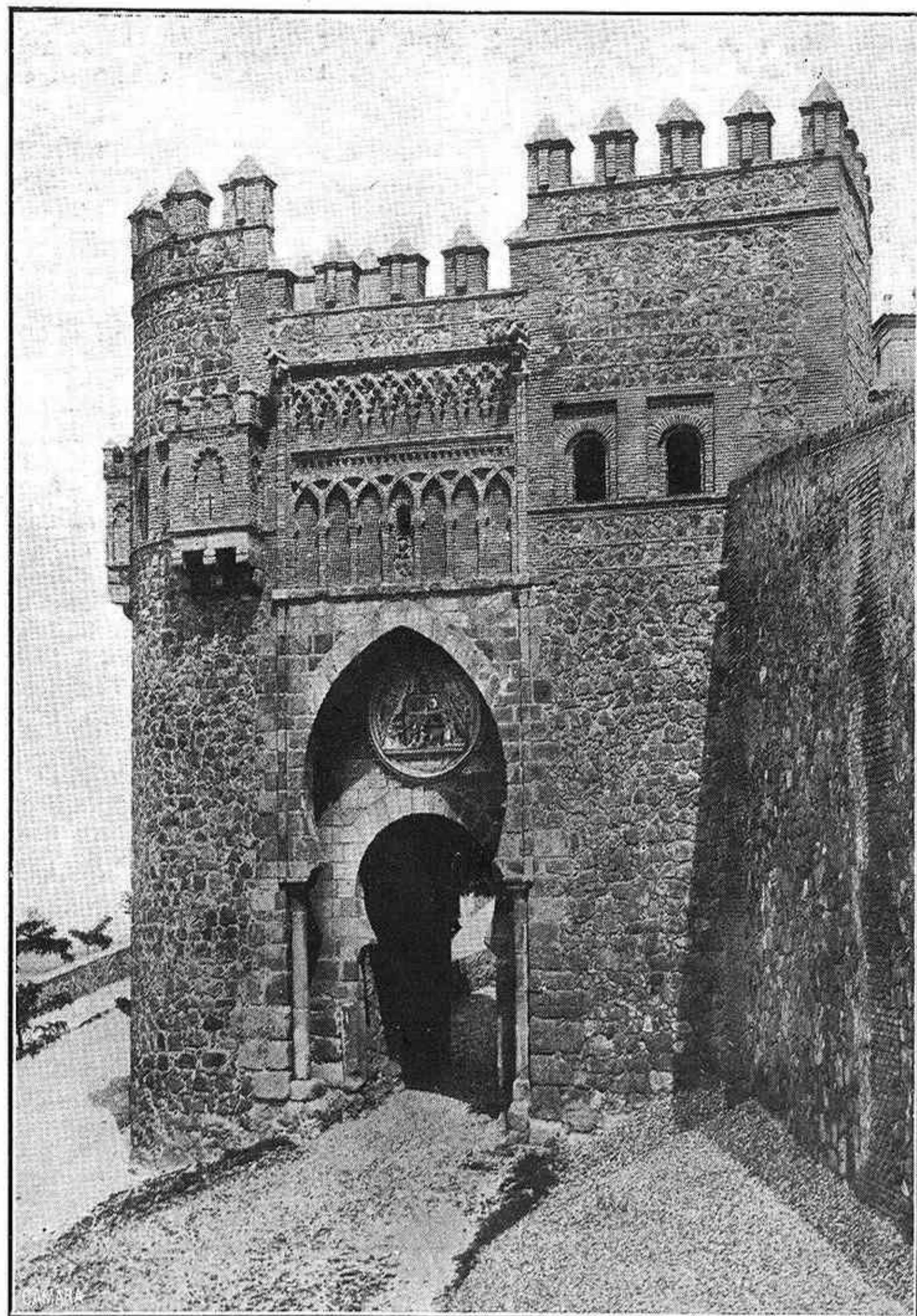


Vista panorámica de Segovia

minosa de cordialidad, de juventud, de alegría que se esparce por las sombras criptas, por las sonoras naves, por las amplias girolas y hasta en el patio de los Evangelistas, solemne como una consagración litúrgica, las hierbas que orlan



El acueducto romano, de Segovia

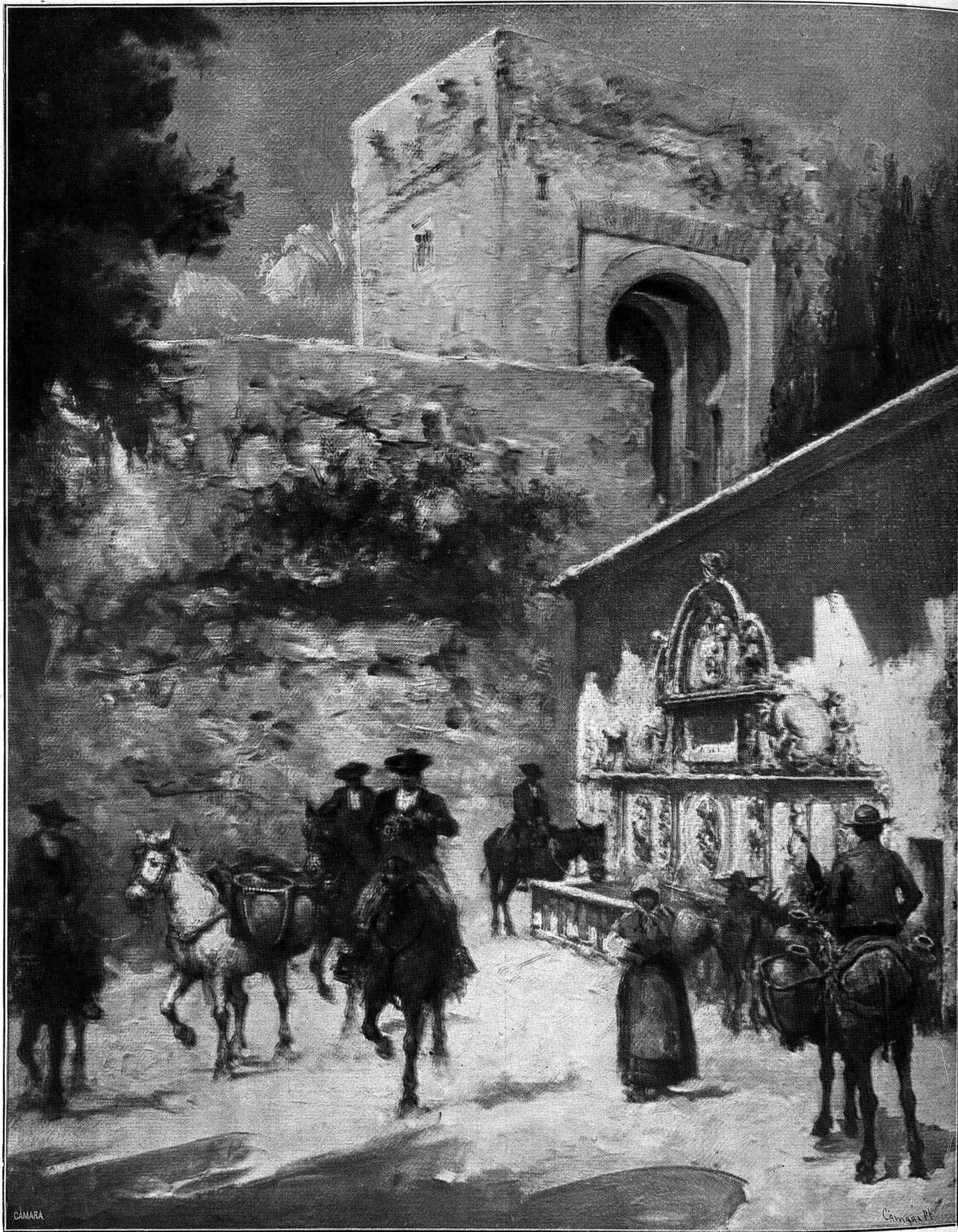


La Puerta del Sol, de Toledo

FOTS. HAUSER Y MENET

LA ESFERA

ESPAÑA PINTORESCA

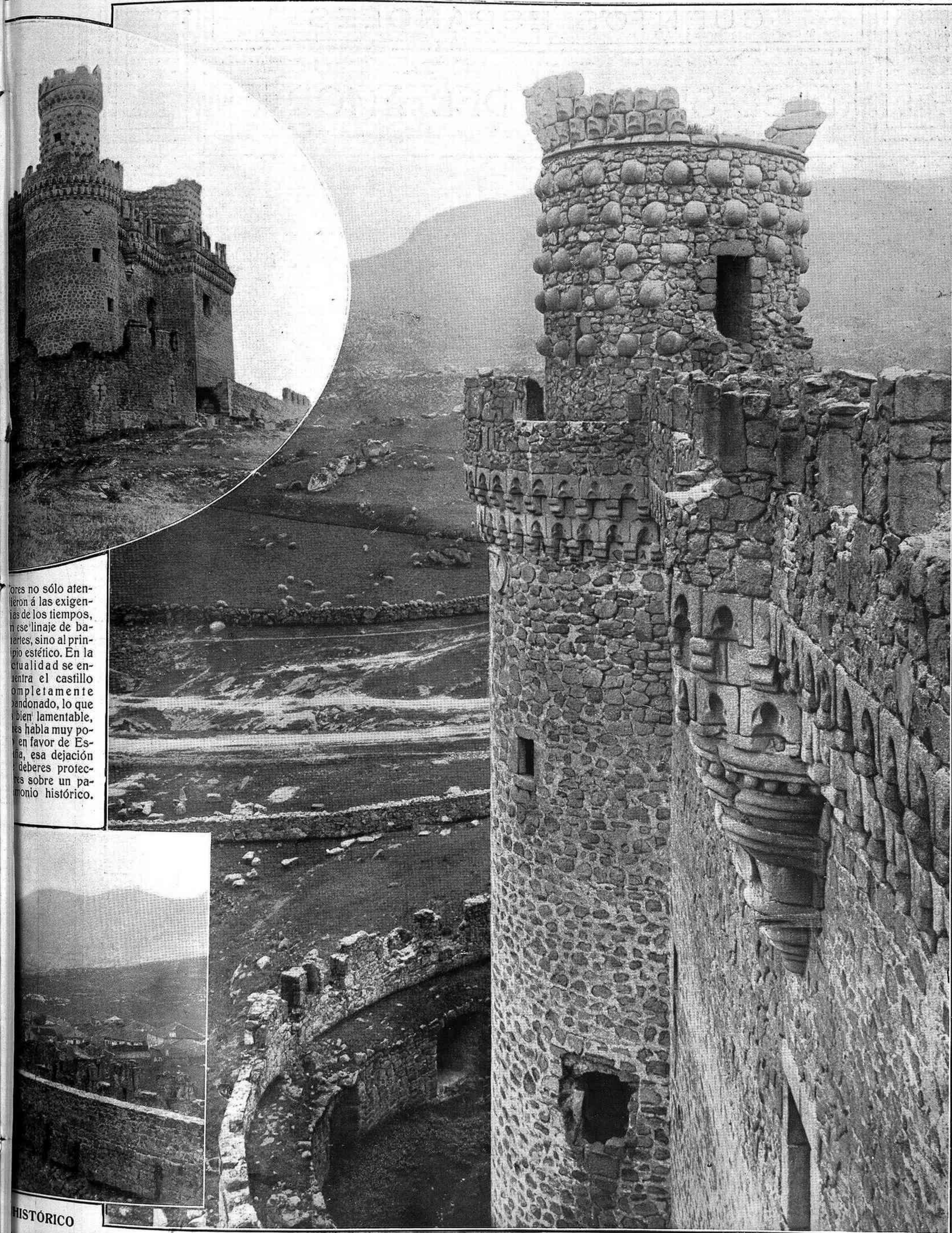


UNA FUENTE EN LA ALHAMBRA DE GRANADA

Cuadro de Poy Dalmau

ores r
ieron
ias de
n ese
artes
pio es
clua
entra
omp
ando
bien
es h
en l
na,
deb
res s
moni

HIS
M



ores no sólo aten-
cieron á las exigen-
cias de los tiempos,
en ese linaje de ba-
rbaries, sino al prin-
cipio estético. En la
actualidad se en-
frenta el castillo
completamente
abandonado, lo que
es bien lamentable,
es habla muy po-
co en favor de Es-
paña, esa dejación
de deberes protec-
tores sobre un pa-
rimonio histórico.

HISTÓRICO

MANZANARES EL REAL, Á CUARENTA Y OCHO KILÓMETROS DE MADRID

FOTS. MARÍN

CUENTOS ESPAÑOLES

EL SUICIDIO DEL AMOR



CUANDO en las noches estivales, paseaba la joven por los andenes del jardín, volvíase éste paisaje de leyenda.

Los rayos de la luna, empalideciendo los tonos de árboles, boscajes y matas, los tornaban de argentería; esmaltes, bruñidos por los dedos prismáticos de un gnomo, eran, sobre el tallo, las flores; un hada, la doncella de ojos azules, cabellos áureos y cuerpo grácil, que iba por entre los macizos con los brazos caídos al largo de su túnica. Flotaba ésta, á los besos del aire, como un girón de nube.

Los ruiseñores cantaban al paso de la virgen, asomando por entre las hojas sus cabezas azabachinas; al acompañamiento de los trovadores nocturnos, transformábase la fontana en lira de cristal.

Tenía por tazón la fontana, una concha gigantesca de mármol. De su centro arrancaba una espiral de espuma, que, por el remate, se abría en rizos transparentes, para servir de lecho á Venus.

Esta, reclinada sobre la espuma, mostrábase en total desnudez, con la cabeza apoyada en los dedos de una mano primor, los cabellos caídos por la espalda, los ojos en ensueño, los labios al beso prevenidos y el cuerpo en voluptuoso desplome.

Junto á su madre, el niño Amor prevenía las

flechas; el arco temblaba entre sus dedos: juguete eran del aire los cabellos del dios. Y fué en una noche de Mayo, esclarecida por los reflejos de la luna y por la presencia de la virgen de los ojos azules, cuando Amor, bajando su arco lentamente, y apoyándose en él, se inclinó hacia la diosa y dijo con voz cálida, que hizo enmudecer á los ruiseñores:

—¡Hermosa es la doncella! Sólo tú, reina y señora mía, le pudieras disputar, victoriosamente, la preferencia de los dioses. Mírala: No anda, se desliza sobre las arenas del jardín; las flores se inclinan á su paso; como un aliento de pasión, mandan hacia ella su perfume. Cuando la doncella alza sus ojos al espacio, la luna acrece en palidez: tiene envidia. Ahora se esconde tras las nubes. ¿Sabes por qué lo hace? Por no pechar ante esos ojos, más bellos que el cielo por donde el astro se desliza. No para otro hombre, para mí, necesito que arda el corazón de esta mujer. Como el padre Júpiter se transforma, si quiere adueñarse de las humanas hembras, transformaré yo, al adueñamiento de la virgen. Con ella vendré ante la concha que te sirve de altar, para que tú, en el misterio de la noche, consagres nuestra dicha.

Previno Amor su arco y, apuntándolo contra la joven, dejó ir la flecha por la atmósfera.

Los ruiseñores cantaron más dulce; más sua-

ve fué el murmullo del céfiro; más penetrante el perfume de la floresta; más armonioso el caer de las aguas en el tazón de la fontana. Venus miró á su hijo y una gran risa desgarró sus labios de mármol.

ooo

—¿Qué hacer, madre, qué hacer?—preguntaba á Venus, Amor, otra noche. Mis dardos se enredan en los encajes del túnico que la doncella viste; no penetran su carne para llegarle al corazón. Ha pocos días apunté á su garganta, y el dardo se quebró contra un medallón de brillantes, que centelleaba sobre el terciopelo de la piel.

—¿Por qué no haces también de brillante tus dardos?—interrumpióle Venus.

—Amor no puede emplear tales armas. Con las suyas propias necesita vencer; y yo, en vano, aguzo las mías. Para rendir á la doncella, en figura mortal, tomé la de un poeta. ¿Quién como un poeta, conmoverá un alma soñadora, y así ha de tenerla la virgen de los ojos azules? Apenas los alzó, cuando vió al poeta á su lado; apenas le oyó, cuando sus labios pronunciaron amorosas palabras. El poeta nada significó para ella; nada un guerrero, con el pecho lleno de cruces y el sable golpeando las losas: poesía, ingenio, bravura, juventud... De todas mis artes

echo mano para cautivar á la hermosa y es la hermosa á todas mis artes insensible. ¿Qué hacer, madre, qué hacer?

Venus sonríe sin contestar á su hijo.

Este rompe en sollozos y trata de romper el arco, de arrojar por tierra el carcaj, donde tiemblan las flechas. La diosa impide tal acci3n. Rodea con sus brazos el cuerpo del hijo y, atray ndole hacia su boca, murmura con melodioso acento:

—Más tienes de niño, que de Dios.

—Te digo que todas mis armas se emplearon contra ella, sin conseguir rendirla. Si no la rinden poesía, ingenio, bravura, juventud... ¿qué la puede rendir?... Por fuerza, no es mortal criatura. Fantasma es, amasado con pétalos de rosa y girones de niebla, para tormento de amadores, para tormento mío. ¡En mal hora pas3 por delante de esta fontana y la seguí con estos ojos, que cegar debieron entonces! ¡En mal hora dis-

—Es ya muy tarde, hija, y ello no admite espera. Mañana, antes del mediodía, quiere saber tu decisi3n. ¿A qué decírtelo? Vivimos una vida falsa. Mentira es nuestro lujo; mentira la fastuosa apariencia que ofrecemos al mundo. Por mí no hablo. Con lo que reste, sobrar  á mi vejez. Eres tú quien me preocupa. Dentro de unos meses, nuestro caudal desaparecerá en manos de acreedores y usureros. Ser s una señorita arruinada. Nadie se dirigirá á ti solicitando, honradamente, tu hermosura; si acaso, j3venes tan pobres como tú. Si ese porvenir no te asusta, adelante. No quiero influir en tu voluntad para nada. Ahora sí, en un sentido 3 en el otro, decide, porque se han cansado de aguardar.

La joven recorre con la vista el elegante gabinete que, á la azulosa luz del foco, semeja el camar n de un hada. Luego, se detienen sus ojos en el espejo veneciano, donde se retrata su ima-

se aviva el recuerdo, si va la mirada, desde las orejas á las manos del hombre: peludas son y curvadas en garra. Sobre los dedos de estas manos, relumbran sortijas de alto precio.

Hacia las manitas principescas se adelantan las del sujeto barrig3n; afianza aquéllas y, atrayendo á la joven, dice:

—Cinco millones de pesetas asegurar  la escritura dotal, con más los bienes enteritos de usted, empeñados hoy, y mañana, sin falta, libros. Otros millones hay para que brille usted entre las mejores y triunfe más que todas. A cambio de esto y de mi nombre—que supone mucho en la plaza—s3lo reclamo una limosna de cariño. ¿Puedo contar con ella?

—Sí.

Los dos se levantan y el gordinfl3n besa los labios de la joven.

Juntos se alejan y juntos desaparecen por la escalinata del hotel:



par  contra su coraz3n mis dardos! Al tocar su piel, contra mí rebotaron y volvieron mi sangre hoguera.

Venus apoya en su regazo la cabeza del dios, que llora silenciosamente. Sus lágrimas caen al taz3n de la fontana con sonos de queja; el aire gime entre las hierbas; la lluvia descende de las nubes; y un buho, chirriando agorero entre el ramaje de un ciprés, gira y regira en la negrura nocturnal, sus ojos de esmeralda.

   

En el gabinete, decorado de azul, que una lámpara, de globo azul también, ilumina, hojea una publicaci3n de modas la virgen de los cabellos rubios. El golpeteo de la lluvia contra los vidrios del balc3n, le hace dirigir á ellos los ojos. Tristes miran. A ratos se clavan interrogadores en las tinieblas que envuelven el jardín.

No muy distante de la joven, asienta una anciana de pelo canoso y cuerpo abotargado por la edad y por el reuma.

Un reloj campanillea las doce horas. Alz se del sill3n la anciana, se dirige á la joven y, rodeando con un brazo su cabeza rubia, habla así:

gen. Sus manos van y vienen por las ondas del pelo; manos son de princesa, hechas á la holganza, finas, de puntiagudo remate. A veces bajan hasta el l3bulo de las orejas; en ellas chispean unos pendientes de rubíes; otras, las manos se retuercen, acariciando las sortijas que decoran los dedos; de esta acci3n salen para tactear los encajes de una bata aforrada en raso 3 para recorrer la garganta, embellecida por tres hilos de perlas.

Súbito la joven se yergue, cruza sobre el pecho los brazos y dice:

—Escr bele que venga.

   

A la luz blanca de la luna platican, asentados en un banco pr3ximo á la fontana, presidida por el Amor y Venus, la virgen de los cabellos rubios y un hombre que de los cincuenta años pasa.

Su traje es de moda última, pero ridículo se torna ajustado á un corpach3n ventrado y unas piernas enanas. El rostro es anchote, de ojos pequeños y lascivos, de bellos groseros, de frente angosta y saliente mandíbula. Las orejas, adelantadas y vellosas, recuerdan al fauno; más

—¡Vencido! ¡Vencido!—grita el Amor, bambole ndose sobre el leve sostén de espuma en que afirma sus pies—. ¡Acude á mí, hermano Eolo!—sigue—. ¡Para ver esto, que cieguen mis ojos y mi arco se quiebre y se partan en menudos cachos mis flechas!

Eolo acude al llamamiento sacudiendo la atm3sfera, haciéndola vibrar en ráfagas huracanadas, que convulsionan el pedestal liviano donde se sostiene el Amor. Cruje el pedestal y, los pies del infante olímpico, quedan libres sobre la espuma.

Amor vuelve el carcaj contra la fontana; roto el arco, sigue el camino de las flechas; el dios vuelve su rostro á Venus, hace un gesto desesperado y se precipita de cabeza en el taz3n de mármol.

Las aguas se abren y Amor desaparece en ellas. Gotas de aquel agua salpican el semblante de Venus.

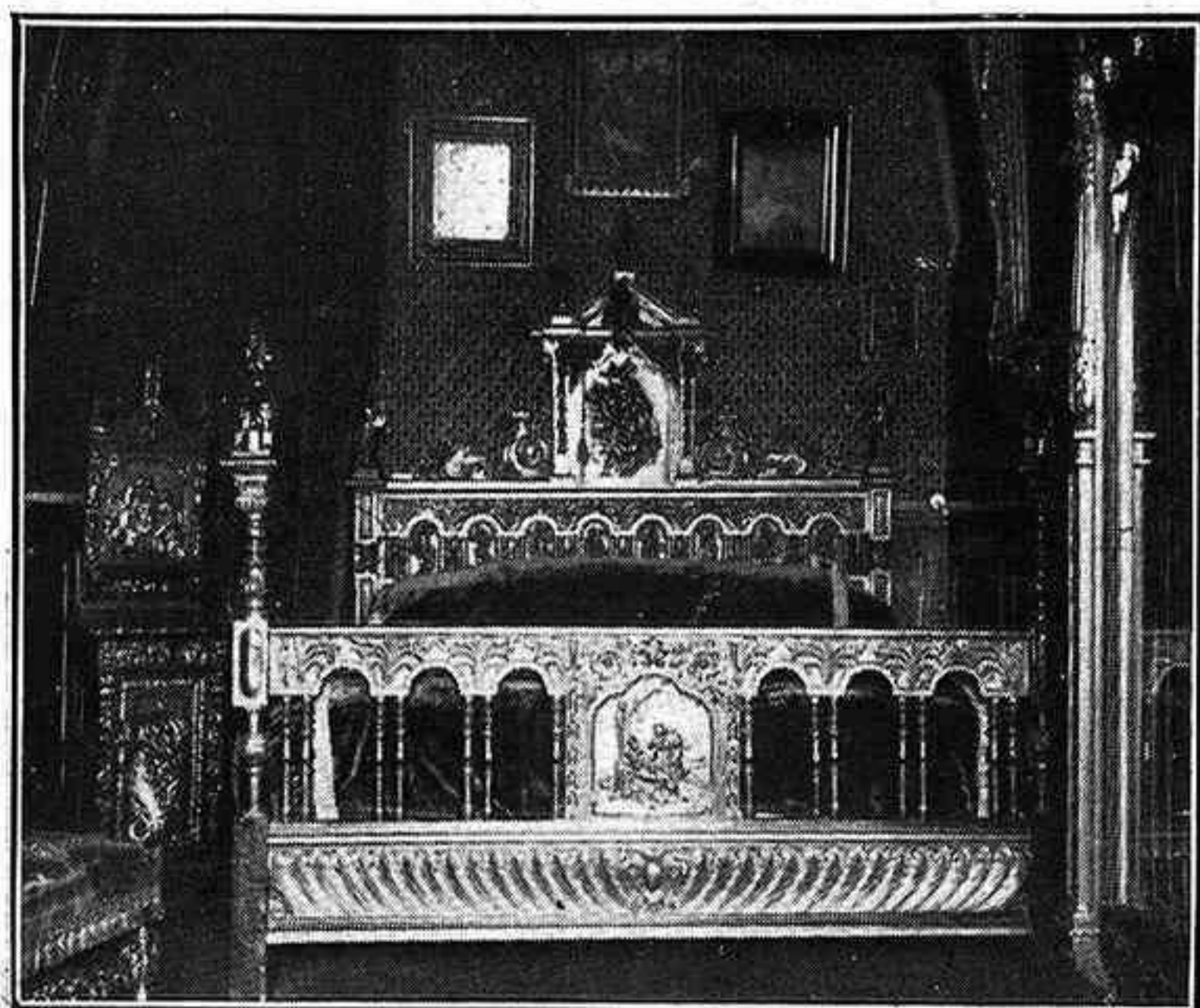
Dos de ellas, golpean los ojos de la diosa y quedan temblando en sus pestañas.

Lágrimas parecen.

JOAQUÍN DICENTA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

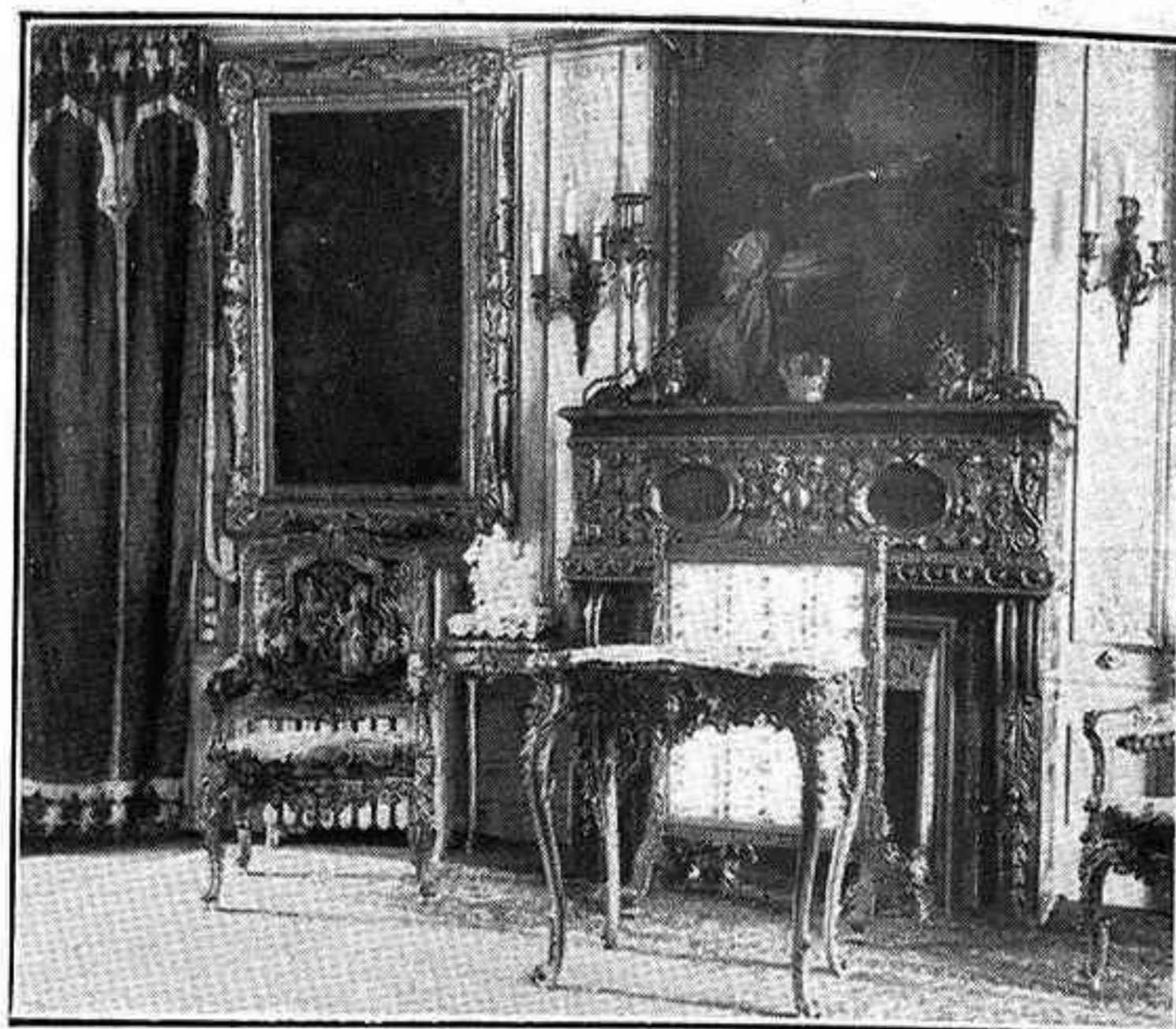
LOS MUSEOS PARTICULARES
LA CASA DEL CONDE DE PRADERE



Cama del conde de Pradere



EL CONDE DE PRADERE
 Que posee, en su casa de París,
 un museo de incalculable valor



Detalle de un salón

El conde de Pradere goza en París de generales simpatías.

Diplomático, artista, enamorado de la pintura y siempre dispuesto a proteger el Arte, en cualquiera de sus manifestaciones, ha sabido reunir en su casa un verdadero museo en el que figuran las firmas de Van-Dyck, Fragonard, el Greco, Goya, Fortuny, Jordaens, Vicente López, Jiménez Aranda, Piazza da Lode, Anglada, Sala, Van Loo, Memling, Madrazo, Giottino y otros.

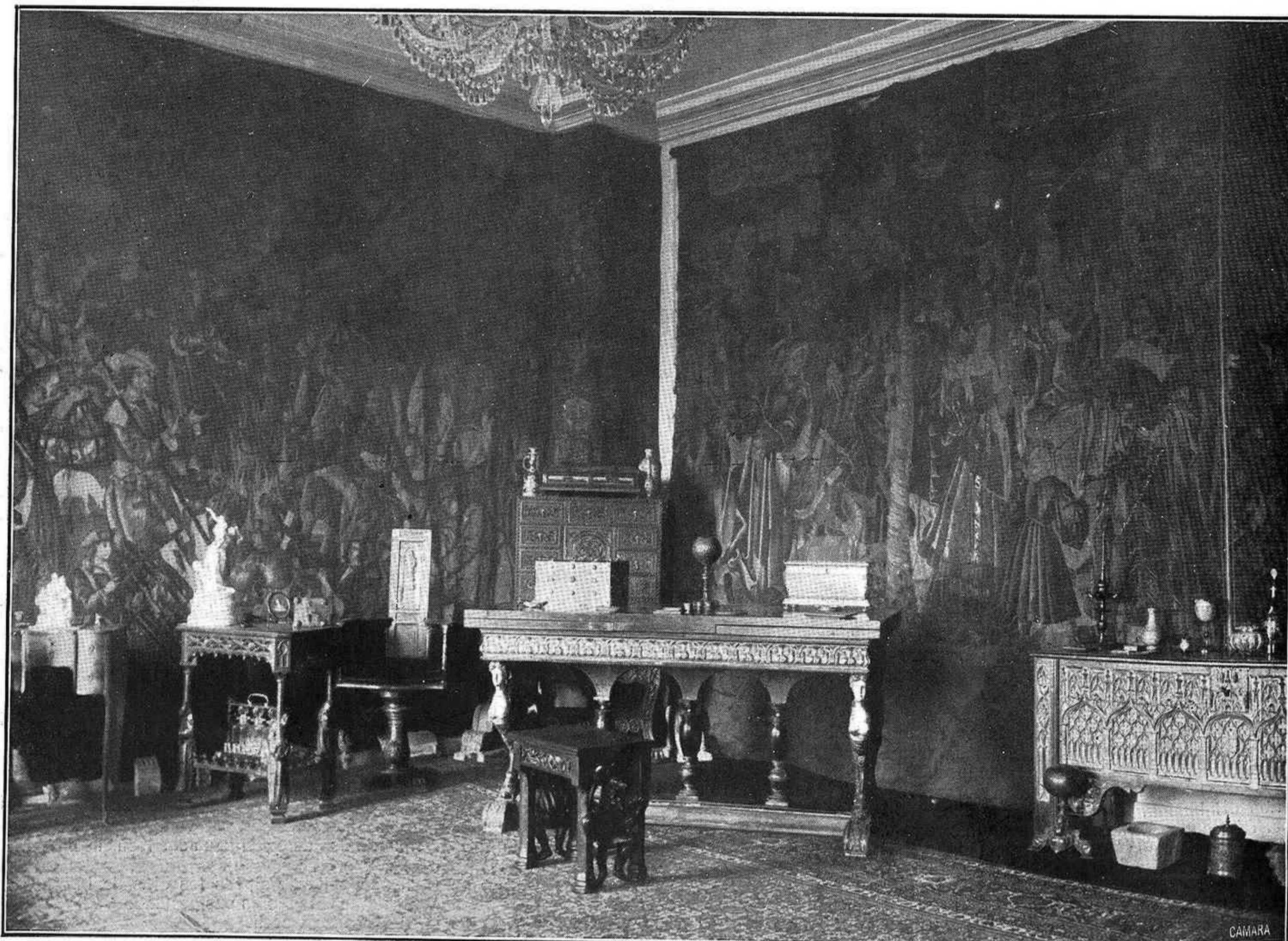
Junto a los cuadros de tan eminentes firmas, pueden verse otros objetos artísticos, esmaltes, medallas, esculturas, armas y tapices. Recorriendo las estancias donde

vive el que un periódico de París llamó el más español de los parisienses y el más parisién de los españoles, la admiración tiene puerta franca ante el gran número de bellezas allí atesoradas.

El exquisito gusto del ilustre conde de Pradere, le ha hecho reunir en torno suyo cuadros y objetos que serían el orgullo de cualquier museo.

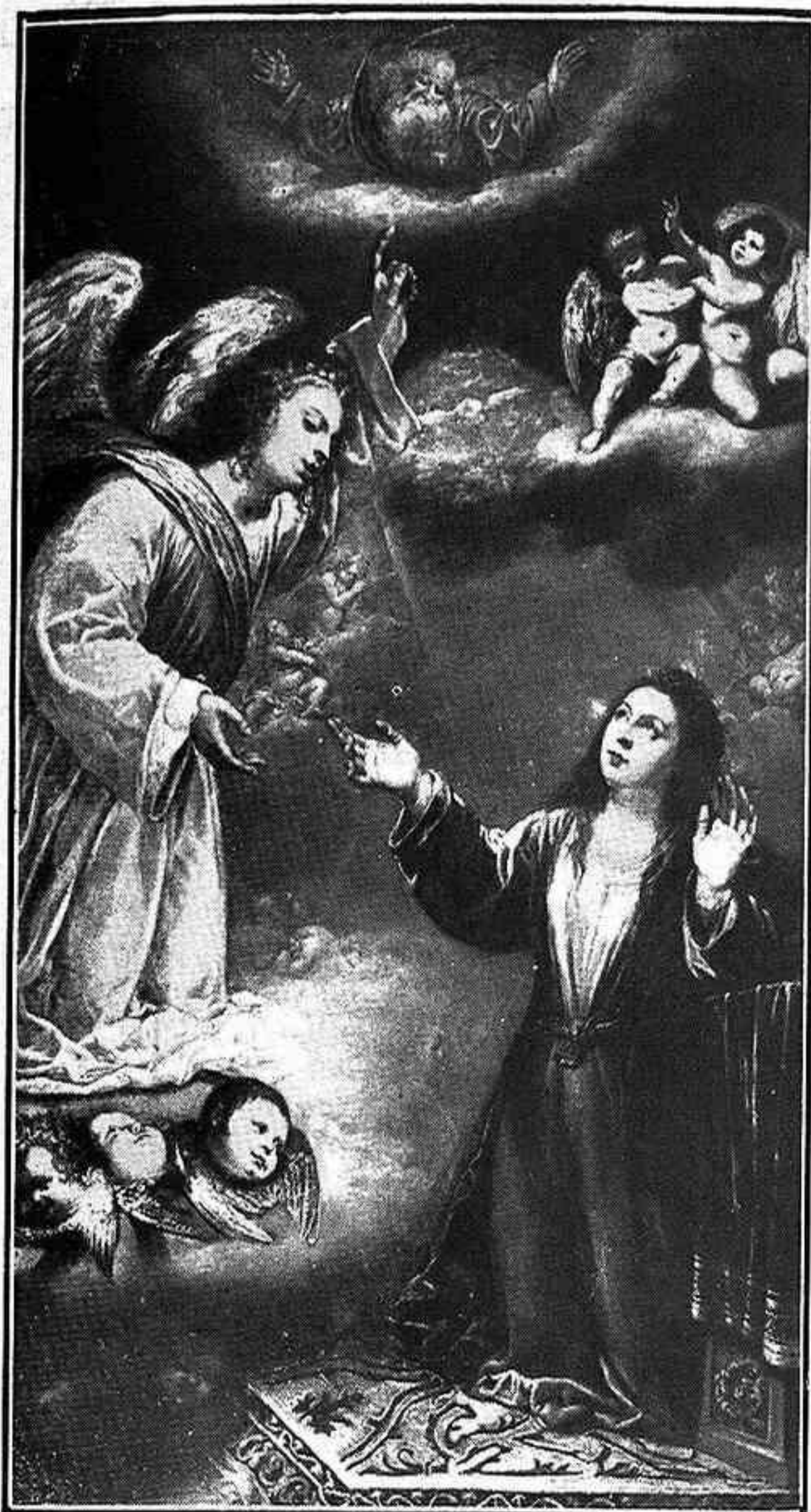
Sitio preferente ocupa la célebre *Vicaría*, de Mariano Fortuny, y por lugares inmediatos otras obras de fama mundial.

El conde de Pradere, considerado como el embajador artístico de España en Francia, no desdena ocasión de



Un rincón de uno de los salones de la casa del conde de Pradere, donde hay tapices y muebles de gran mérito

CAMARA



"La Anunciación", por Antonio Pereda (1899-1969)



"La misa de San Gregorio" (siglo XV)



"Ninfas y sátiros", de Jacob Jordaens (1594-1678)

demostrar su inquebrantable fe en nuestra patria, y para probarlo acoge con simpatía y protección á cuantos artistas españoles hasta él llegan. Literato de buen gusto, posee una cultura excepcional y en sus artículos de crítica teatral —publicados con pseudónimo en un importante

diario de Madrid—se puede seguir el actual movimiento dramático de París.

Pradere, despacio, sin alharacas ni golpes de bombo, va haciendo labor de cultura y de arte, y respecto á su gusto basta con dejar vagar la mirada por las habitaciones de su casa, para com-

prender que, quien de tal modo ha sabido rodearse de bellezas artísticas, no es un vulgar *amateur* que sólo adquirió cuadros para *epatar* á las amistades, sino un enamorado que quiso poder admirar, de cerca, *La Vicaría*, de Fortuny, ó el *San Francisco*, del Greco.—B.



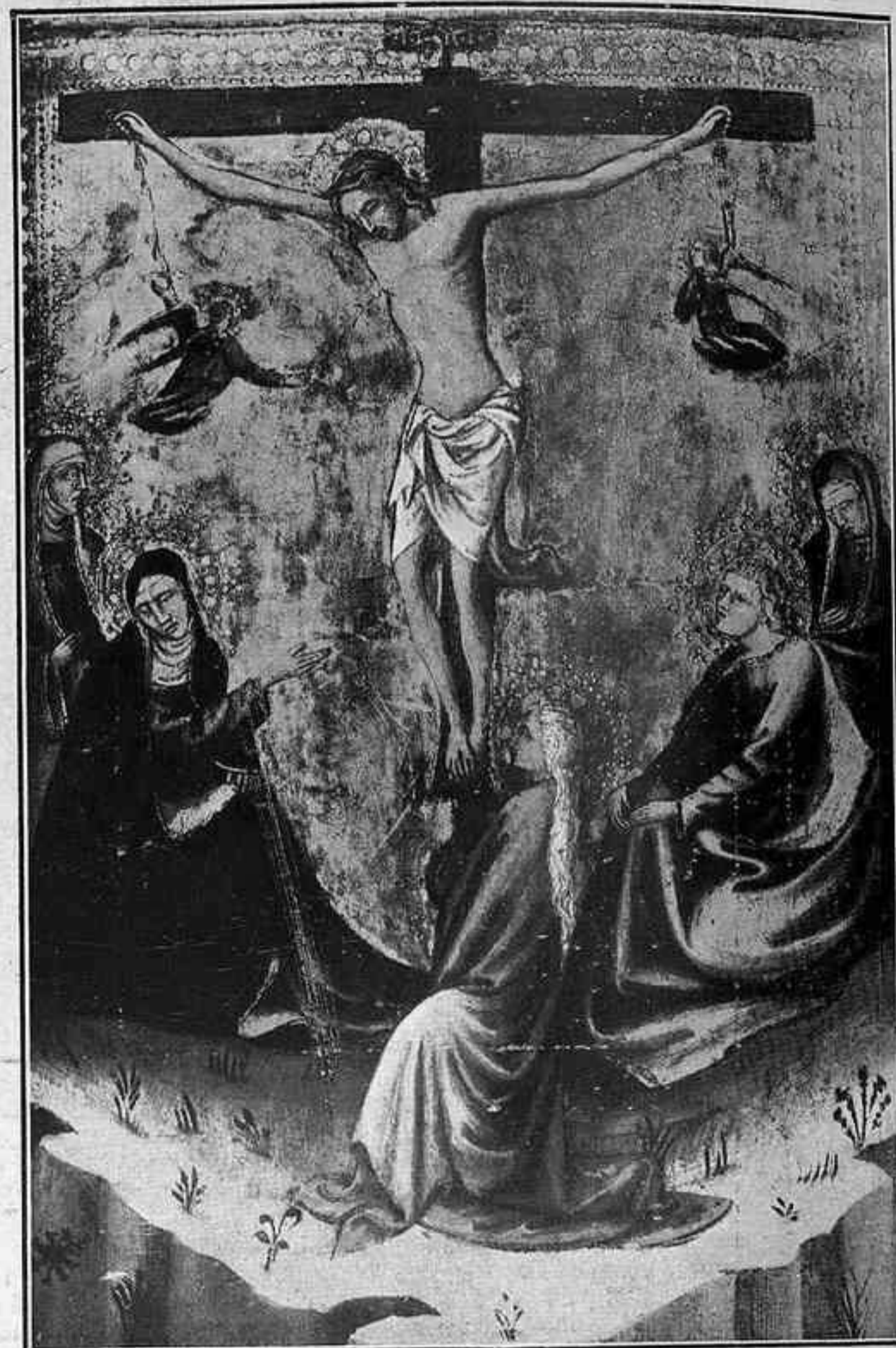
"La niña L. de P.", por D. Vicente López (1782-1855)



"La Excm. Sra. C. de S.", por Goya (1746-1828)



"San Francisco", por Dominico Theotokopuli (El Greco) (1517-1614)



"El Calvario", por Tomás de Lapo (El Giotino) (1324-1396)



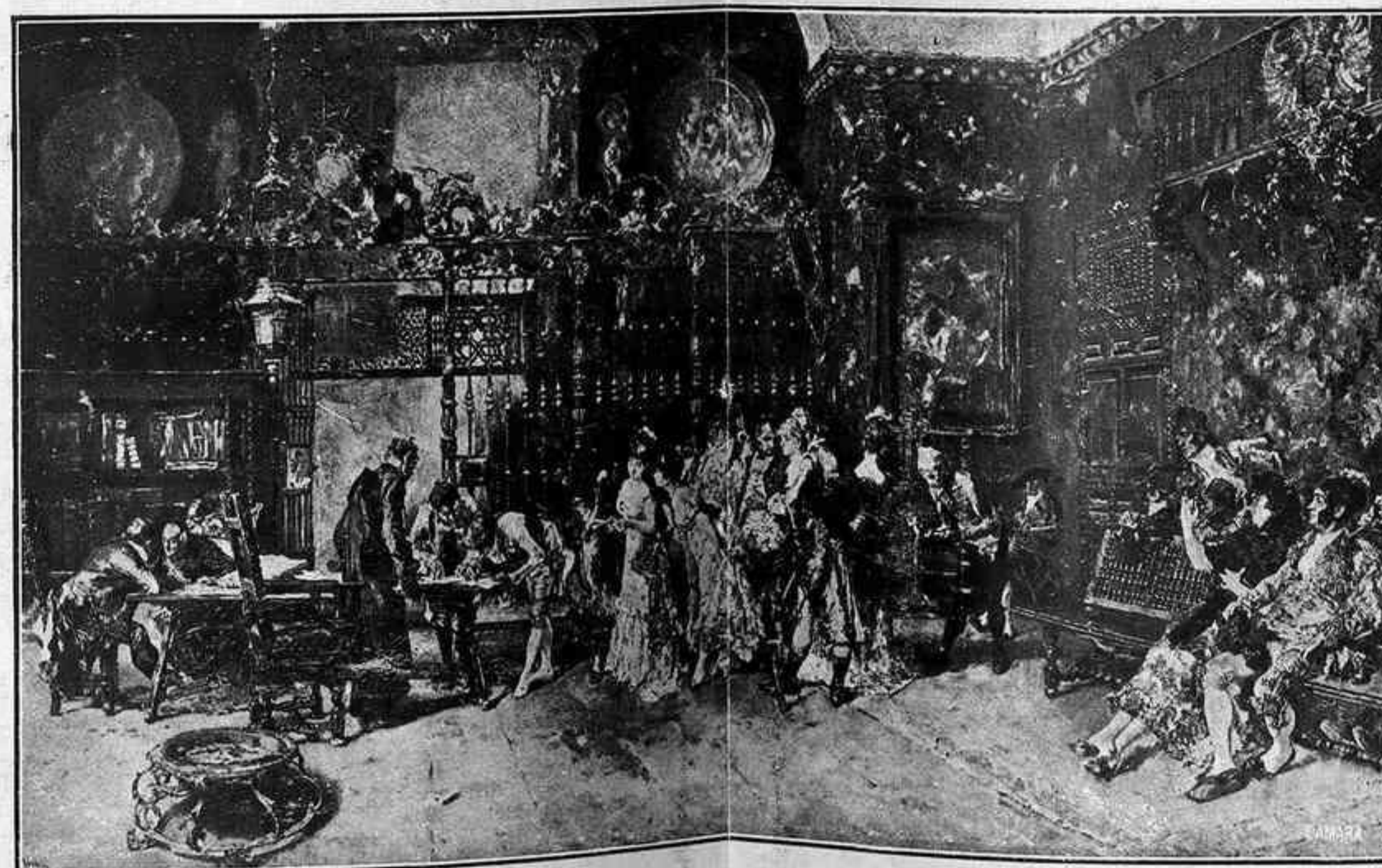
"El descendimiento", escuela primitiva castellana (siglo XV)



"La Virgen de la Flor", por Memling (1435-1494)



"Los cuatro chicos y la manzana", por Lenain (1593-1648)



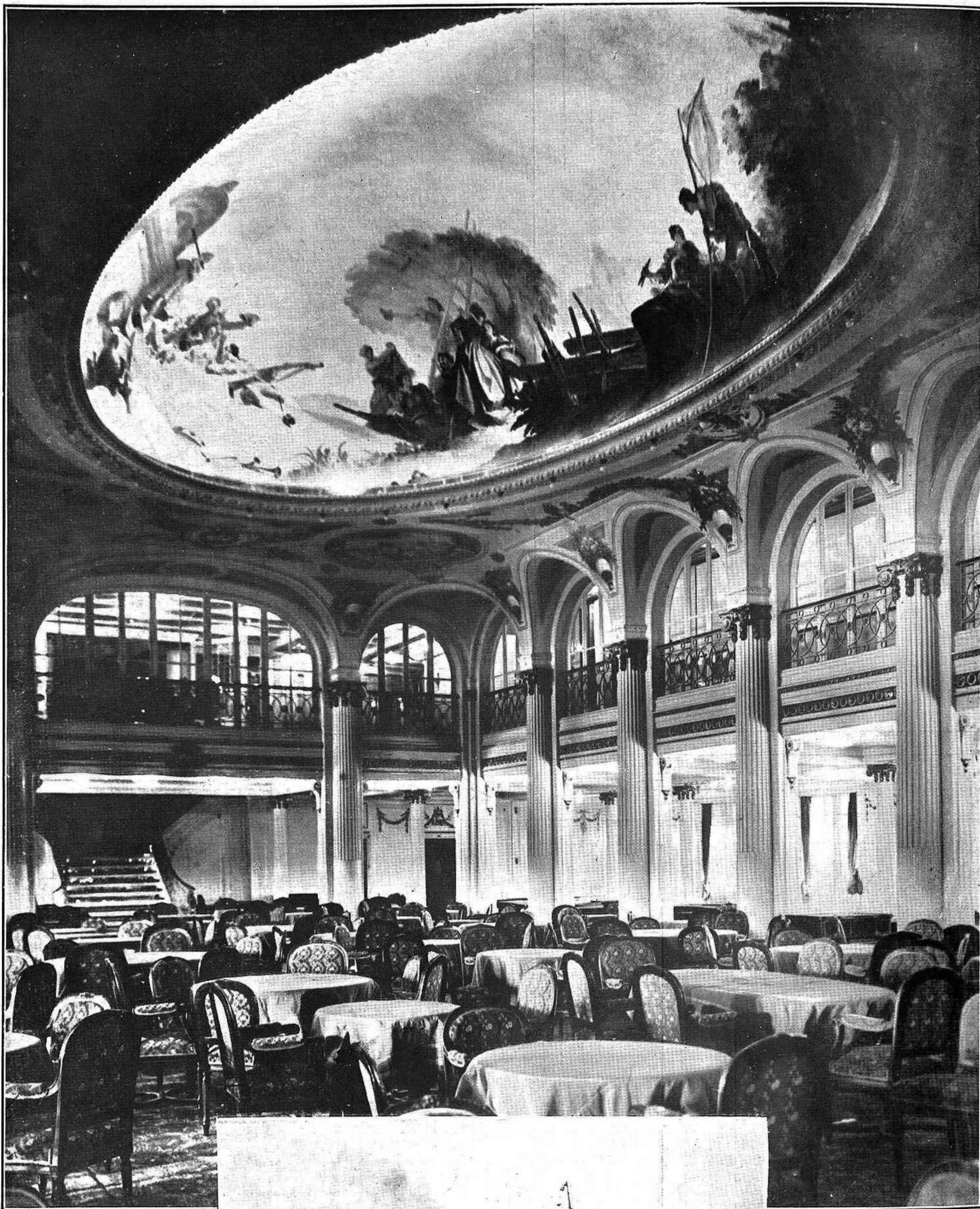
"La Vicaría", por Mariano Fortuny (1838-1874)



"Señorita del Castillo, en su lecho de muerte", por Mariano Fortuny (1838-1874)

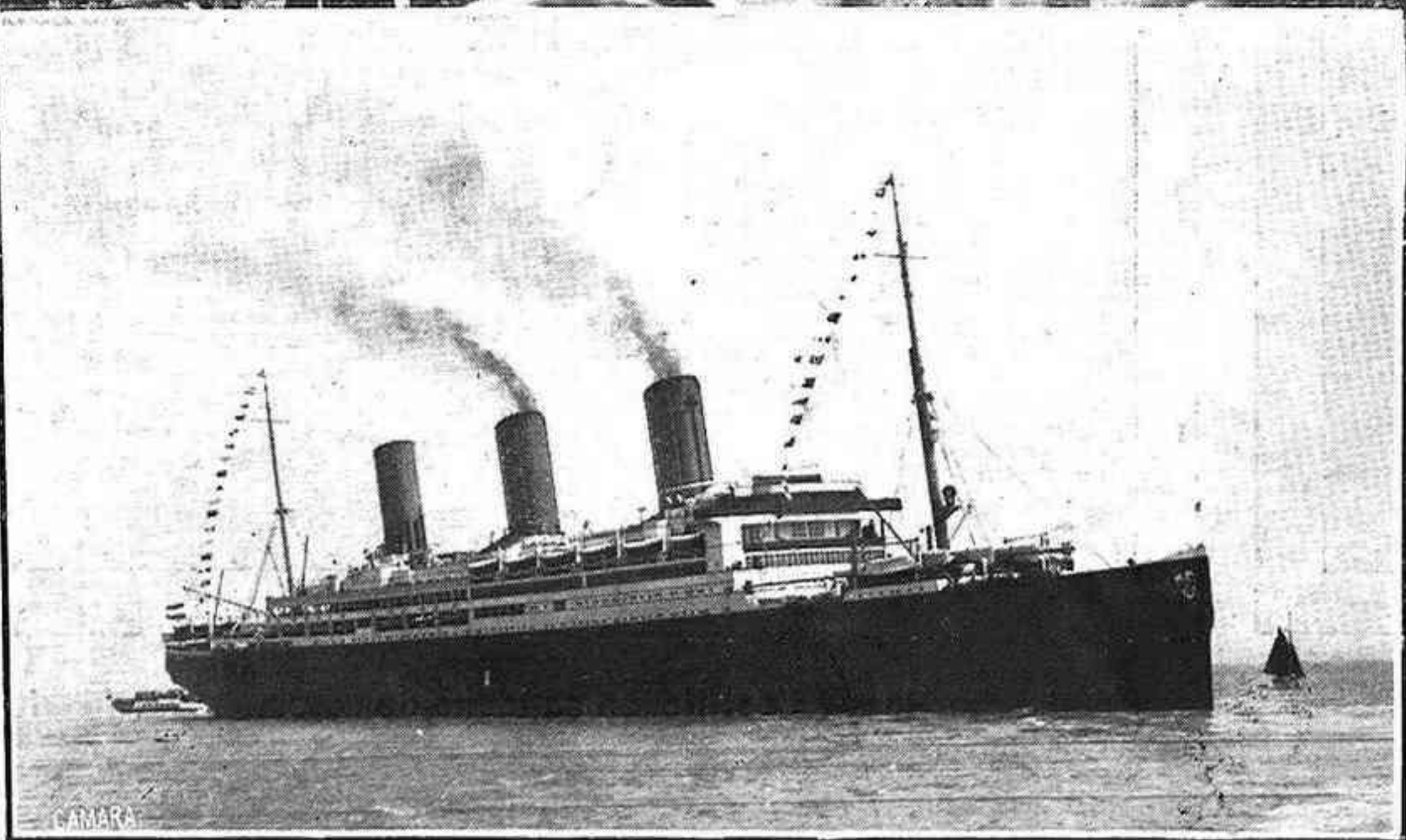


LAS MODERNAS CONSTRUCCIONES MARÍTIMAS



Los salones del "Vaterland"

A primera vista cualquiera diría que el magnífico salón reproducido fotográficamente en esta página pertenece á uno de los gigantes hoteles modernos de París ó Londres. No es así, sin embargo. Es el gran *hall-comedor* de 1.ª clase del nuevo trasatlántico alemán *Vaterland*, que acaba de inaugurar sus viajes á América. Mide



Vis:a del gran comedor

el *hall* de referencia, 40 metros y medio de longitud, 30 de ancho y 9 de elevación, pudiendo acomodarse en mesas separadas hasta 800 pasajeros. El tono general del decorado es blanco y oro, hallándose exornada la valiente bóveda con preciosas pinturas alegóricas de la caza y la pesca, felizmente realizadas por artistas alemanes.

LA ESFERA

LA MUJER INGLESA Y SUS ARTISTAS



LA DESPEDIDA, dibujo del célebre Blampied

DEL ANTIGUO
MADRID

LA CASA DE CISNEROS

Es la calle del Sacramento, que antaño llamóse de Puerta Cerrada, rúa señorial de ilustres mansiones é hidalgas gentes.

Desde el monasterio de Santa María, hasta el palacio Arzobispal, toda ella respira nobleza y rango.

Los señores ministros de los Consejos hicieronla pasillo de sus viviendas, y las más altas jerarquías de la Iglesia gustaron también de aposentarse en su recinto.

Alzase á poco más de la mitad, sirviendo hoy como archivo del Municipio, la casa del Cardenal Cisneros.

Notables huéspedes, desde el ilustre prelado y sagacísimo político, hubo siempre esta fábrica venerable que á lo largo de sus muros, ya que no de sus aposentos, refléjense muy bien, intensos capítulos de la Historia de España durante la edad moderna.

Ella fué como piedra fundadora de la Corte, pues habiendo dado Cisneros carácter de tal á la Villa matritense, continuó el Emperador pasando aquí grandes temporadas, hasta que Felipe II asentó de lleno, dándole rangos de capital de sus Estados.

Acaso tras de aquel amplio balcón, que el vulgo patrañudo quiere señalar como el mismo desde que el ilustre fraile mostrara á los levantiscos y ambiciosos nobles, los poderes en que apoyaba la Regencia, apuró las amargas gotas del desprecio y de la ingratitud, con que el nieto de la Católica Isabel, le regalara. Que así acontecen ser, al final de una vida cortesana, las dádivas y agradecimientos de los de arriba.

Si como es frase vulgar y probó en una deleitosa comedia el mexicano ingenio don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, que *Las paredes oyen*, pudiera asegurarse que hablan, á fe que fuera cosa de taparse los oídos por no oír lo que las desta casa dijera del tormento que en una de sus cuerdas hubo de padecer aquel modelo de ambiciosos y de perseguidos, que fué en el mundo Antonio Pérez, secretario del señor rey don Felipe II (q. D. h.)

No, sino los goterones que no ha mucho resquebrajaban los lienzos de algún lóbrego aposentillo de los pisos bajos, dijérase que eran lágrimas perpetuadas de aquella infelice esposa doña Juana Coello y Bozmediano, que por venganzas de un monarca, vistió en vida de su marido las tocas de la viudez.

Don Bernardo de Rojas y Sandoval, aquel ilustre y sabio arzobispo de Toledo, amigo del príncipe de los ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra, manco que fué en Lepanto y cautivo en Argel, aposentábase también en este viejo palacio cuando hacía jornada á la Corte y sin duda que estas puertas vieron, hartas veces, cruzar por sus umbrales al padre insigne del Ingenioso Hidalgo y «jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha...»

Don Pedro Rodríguez de Campomanes, aquel famoso político regenerador y saneador de la Hacienda española, en el reinado de don Carlos III, el de las peluconas, tuvo, asimismo, bajo los techos desta hidalga casa las salvadoras inspiraciones que fueron imanes de oro para las apollilladas arcas del Erario.

Pluguera Dios que una noche las ánimas destos inquietos diéran en el humor de tornar á habitar en ella y llamárame por *Cojuelo* para contar luego á la chismorrea Villa cómo eran cada uno en la estampa, y cómo tenían el humor... Pero mejor se están allá, por las misteriosas regiones del no ser, que ahora no sabrían andar por la casa, con tanto aposento nuevo, y se darían á otros demonios más grandes que yo.

DIEGO SAN JOSÉ



Portada y balcón de la casa de Cisneros en la calle del Sacramento

FOTS. SALAZAR

EL MUSEO DE LA "HISPANIC SOCIETY OF AMERICA"



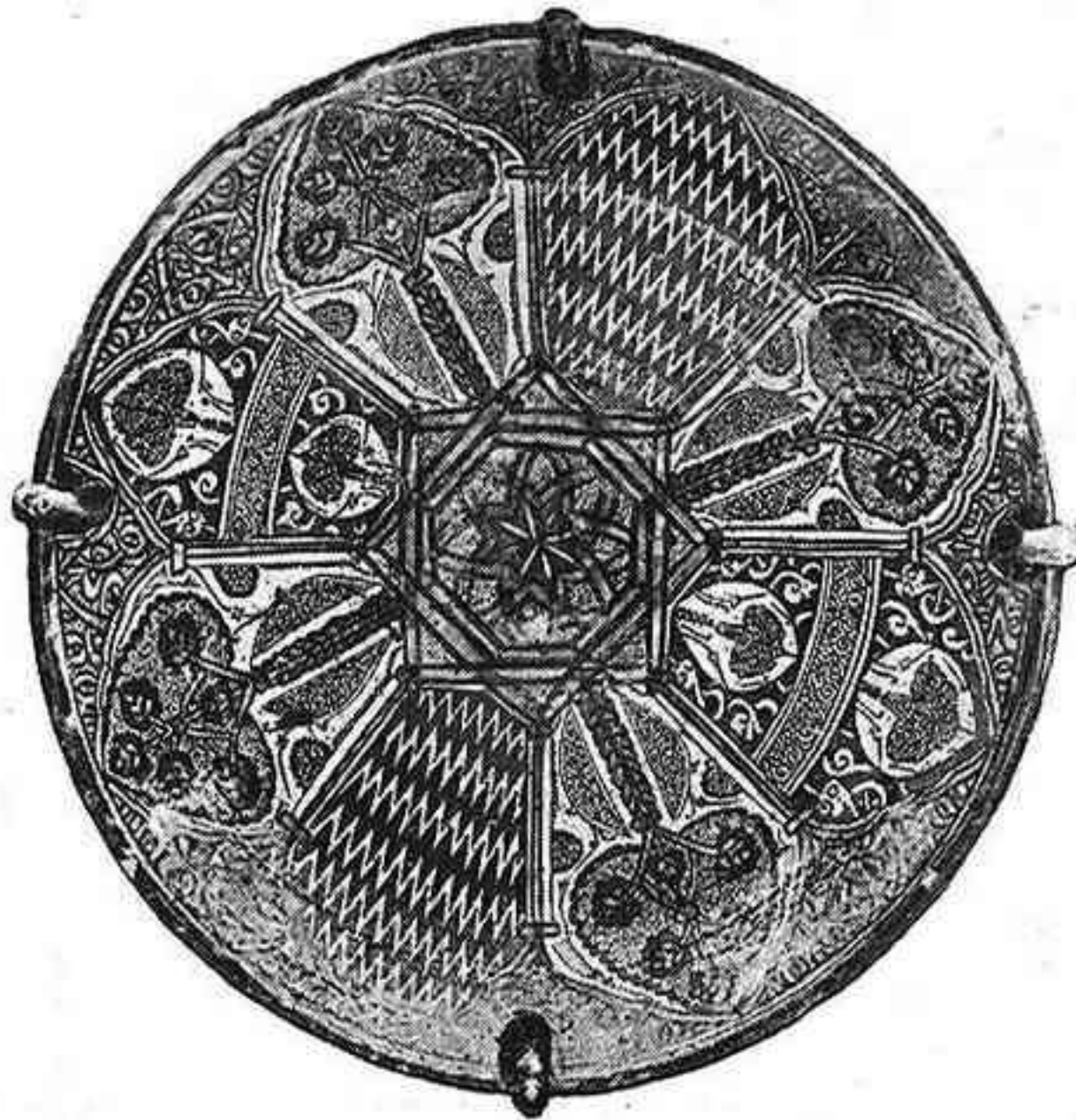
Detalles de las galerías del Museo de la "Hispanic Society of America"

La «Hispanic Society», de que se habló hace días en este mismo semanario, no ha pretendido crear un Museo arqueológico y de Arte moderno tal como ambos títulos exigen. Ella misma lo declara, anticipándose a toda crítica, en el folleto explicativo de su finalidad y organización publicado en 1910. «El edificio—se dice allí—es, sencillamente, la casa de la Sociedad, y la reducida colección de objetos de arte que en él figura, responde tan sólo a la mayor conveniencia de los socios y de las personas estudiosas. Se creyó que todo trabajo habría de realizarse de modo más perfecto si se contaba con el auxilio de modelos originales; y los resultados obtenidos durante el primer año de existencia de la Sociedad en su nuevo edificio, demostraron plenamente que esa creencia era muy acertada.»

No obstante, el conjunto de las colecciones reunidas por la «Hispanic Society», merece el nombre de Museo en el sentido en que esta palabra se aplica a depósitos análogos que constituyen el material de enseñanza más considerable y activo de muchos centros docentes modernos. Como esos depósitos, es el Museo referido una selección de ejemplares típicos, cada uno de los cuales representa una serie, un estilo, un momento de la historia artística española, y la vivifican a los ojos del erudito y del «aficionado». No habrá muchos objetos de cada grupo; pero todo lo esencial está allí, bien escogido y admirablemente presentado.

Ocupó el Museo, en los primeros años, la galería alta del que fué salón de lectura en el edificio principal. Trasladado ese salón, como ya dijimos, a un pabellón anejo, las colecciones (aumentadas en el entretanto) se han repartido con holgura en todo el amplio espacio que ofrecen la planta baja, de 98 pies de largo por 40 de ancho, y la galería. Uno de los grabados que ilustran el presente artículo, da clara idea del conjunto.

Enumerar los objetos que comprenden las varias colecciones, sería largo y enojoso. Citaré algunos grupos: restos de industrias prehistóricas (paleolíticas y neolíticas) y de las primeras influencias orientales, singularmente, fenicias; esculturas, mosaicos y cerámica griegos y romanos; tallas en madera de épocas diferentes; marfiles y muestras varias de orfebrería artística; hierros de distintos estilos y períodos; sepulcros y estatuas funerarias ojivales y del Re-

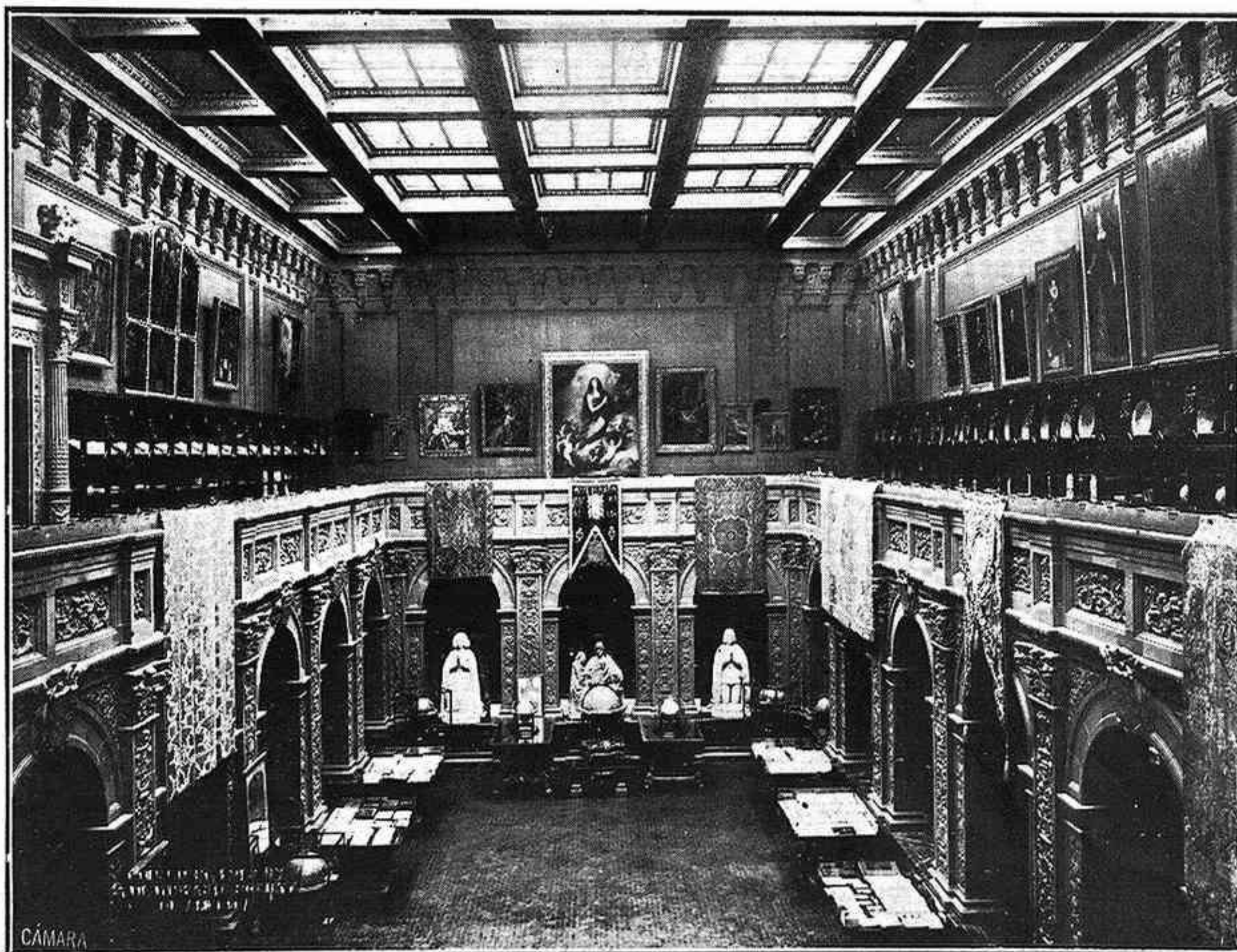


Muestra de cerámica hispano-morisca

nacimiento; cerámica hispano-árabe y del Retiro (de la primera, acompañamos una preciosa muestra gráfica); monedas; cuadros (originales y copias) del Greco, Velázquez, Murillo, Goya, Zuloaga, Sorolla y otros autores antiguos y modernos; retablos y trípticos; los dibujos con que Urrabieta-Vierge ilustró una edición del *Quijote*; bordados; ejecutorias de nobleza; mapas antiguos y portulanos; cartas autógrafas de Carlos V, del duque de Wellington y otros hombres ilustres; manuscritos de autores célebres como Southey y Borrow; facsímiles; miniaturas; libros antiguos de importancia artística, y otros muchos objetos que señalan con el suficiente detalle las múltiples manifestaciones de la vida Peninsular, los giros originales de nuestro arte y las influencias que sobre él se han producido.

El Museo es gratuito y público todos los días, incluso los domingos, excepto en el mes de Agosto (en que se clausura) y en algunas fiestas religiosas, como la de Navidad. No se permite sacar fotografías; pero la Sociedad, que en sus propios talleres las ha obtenido admirables de los cuadros, esculturas y otros objetos señalados de sus colecciones, las facilita por un precio que estrictamente corresponde al de producción. De este modo pone al alcance de todo el mundo las representaciones gráficas de nuestra historia artística y divulga el conocimiento y la estimación de sus joyas más significativas.

Si unimos a todo esto la reproducción facsimilar de muchos mapas (como el genovés de 1457 y el atlas, quizá de 1508, que se conserva en el British Museum), de documentos antiguos (algunos, con miniaturas), de manuscritos y ediciones primitivas (*Poemas del Cid*, el *Quijote*, la *Crónica rimada*, la *Araucana*, los *Romances nuevos*, de Lorenzo de Sepúlveda; el *Billete de amor*, de Timoneda, el *Tirant lo Blanch*, etc.) y la publicación de catálogos de arte como el de la cerámica mejicana reunida por Mr. Robert W. de Forest y expuesta, en 1911, por la «Hispanic Society», tendremos el índice de los muchos y extraordinarios servicios que aquella Sociedad presta a nuestra cultura y al buen nombre de la patria española que por algo encuentra, en países de idiomas, de historia y de orientaciones muy diferentes a las suyas, admiradores y amigos como Schlegel, Hübnner, Ticknor, Huntington y tantos otros.



Vista general de la sala central del Museo

RAFAEL ALTAMIRA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



SAN ANTONIO, cuadro de Dominico Theotokopuli (El Greco) de la galería del conde de Pradere



NOTAS MADRILEÑAS



FIN DE LA JORNADA

Con inefable serenidad ardió la tarde. Mientras en la ciudad la muchedumbre hacía sonoras las aceras y asaltaba cafés, llenaba la Plaza de Toros ó charlaba quedo bajo los plátanos del Retiro, en el campo, en Amanuel, en Puerta de Hierro, en la Pradera del Corregidor, se reunieron varias familias con muchos hijos y pocas pretensiones, animadas del honrado propósito—que realizaron felizmente—de comer.

Aprovechando la libertad del domingo, y convencidos de que «ya no hay princesa que cantar», dedicáronse al cordero lechal, á la tortilla de escabeche, á la ensalada «bien aceitada» y al Valdepeñas sonrosadillo. ¡Qué queréis! Víctor Hugo tiene razón. «El vientre llena la historia...»

El grupo de amigos, de parientes, de vecinos, engulló y libó copiosamente. Iban las aceitunas y los pipos de boca en boca. Repartíanse rojas de merluza y pellizcos. Los rostros se arrebolaban y los frascos quedaban vacíos.

A la sombra de los árboles resplandecían unos ojos de mujer y tartamudeaban unos labios hombrunos. El amor, confabulado picaruelamente con la digestión, hacía vivaz la parla y risueña la hora. Bajo la inmortal enramada, ninfas de falda de percal corrían voluptuosamente perseguidas por silenos de gorra.

Entonces llegó una pareja de viejos. El se

puso á tocar la guitarra, y ella cantó una jota. Después de la enramada y de la tórtilla, la jota ejerce en el pueblo una influencia que llamaríamos infernal, si la danza y el canto hubieran sido proscritos de la gloria. Los del grupo, enardecidos, bailaron y bailaron, chispeantes los ojos, abrasadas las mejillas, leves los pies, atolondradillo el espíritu...

Durante su indecisa marcha de grupo en grupo, los viejos, míseros é insignificantes, derrotados y tristes, suscitaron idénticos alborozos. La guitarra, senecta como ellos, con más achaques que cuerdas, era fuente de zambra. En los labios sumidos de la anciana, la copla era, con todo, la flor más lozana del campo. Y así marcharon los mendigos soliviantando reuniones, recogiendo calderilla y sembrando, ellos, tan decrepitos, el oro de la mocedad.

...Hasta que llegó la noche. Quedó el campo solo, aguardando el domingo próximo. La gente había huido en tropel hacia la ciudad. Y los viejos, con su guitarra—que de hija, de sombra, de sostén, de recuerdo y aun de porvenir desempeñaba bondadoso cometido—, dieron por concluida la jornada.

Tocóles á su vez el desquite. Lentos, apoyada ella en él, titubeantes y cansados, sentáronse á la tosca mesa de un ventorro, desierto ya también,

y buscaron en el pocillo de un vaso de vino la estrella, no por chiquita menos luciente, del olvido.

Silenciosos, ensimismados, recontando quizás las monedas recogidas, los mendigos reposaron durante una hora... Callaba la guitarra también, quién sabe si consciente del lamentable sino de sus dueños, que hay parias que pasan por la vida y de ella dependen. Forzados á sonar siempre jaraneros como instrumentos.

El vinillo dió á sus almas secas frescura de paz. La noche se adensaba en sombras y silencio. Los hombres felices de la ensalada «bien aceitada» hallábanse ya lejos. Las novias, que tanto bailaron, sonreían recordando las aceitunas y las picardías, los filetes empanados y los pellizcos. Nadie quedaba por aquellas afueras de Madrid á quien pedir una limosna.

Con que los viejos cambiaron una mirada y reanudaron la marcha, esta vez camino del fementido tugurio, del ignorado rincón.

La luna asomó tras el ventorro—como un lírico paseante rezagado—su faz bobalicona. Por la vereda alargábanse las sombras como reptiles. Saltó en el aire el revuelo inconsecuente de un murciélago, y de pronto, un grillo, humilde ruiseñor del sembrado, guitarrico del paisaje, inició su pobre *cri-cri...*

DIBUJO DE CEREZO VALLEJO

E. RAMIREZ ANGEL

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



RETABLO DE LA IGLESIA DE SAN JUAN DE ORTEGA, DE BURGOS, CUYAS PINTURAS Y RELIQUIAS SON DE EXTRAORDINARIO VALOR ARTÍSTICO

FOT. VADILLO

NUESTRAS VISITAS
ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ Ó "EL SOBERANO DE LA JOCOSIDAD"

LEVÁBAMOS esperando más de diez minutos. Campúa, el de los ojos volcánicos, curioseaba las dedicatorias de los retratos; yo recorría los dedos distraídamente sobre el amarillento teclado del piano cuyas notas parecían de acordeón.

Estábamos en el gabinete donde trabajaba el autor de *El Terrible Pérez*. No sé si acertaré á daros una ligera idea del abrumador desorden que reina en esta habitación. Hay sus notas de arte en unos cuadros de Martínez Abades que representan escenas de las obras más aplaudidas de García Alvarez. Delante de uno de los balcones está colocada una camilla pequeña: sobre ella seis ó siete lápices y dos ó tres tacos de cuartillas. Allí acostumbra á sentarse á trabajar el graciosísimo autor de *Las cacatúas*. En el centro del gabinete hay otra mesa de comedor, sobre la cual se confunden libros, botellas, tijeras, periódicos, cigarrillos, pastillas de brea, cepillos, un bote de bicarbonato y unas ligas de caballero sin estrenar. En un ángulo el piano, este buen amigo de Enrique, en cuyas notas buscó refugio á su pena en los días que un gran desengaño llenó de pesar su alma confiada y buena. También de este piano han salido regocijantes y popularísimas canciones.

—Son las doce y media—exclamó Campúa—y este es un fresco. Muy capaz es de haberse vuelto del otro lado y seguir durmiendo.

—Opino lo mismo que tú. Vamos á ver.

Con algún sigilo nos acercamos á una puerta que comunicaba con otra habitación. La entreabrimos y escuchamos un ronquido de vendaval. Campúa y yo nos miramos atónitos, indignados. La habitación estaba en penumbras, pero allá, en el fondo, distinguimos un lecho Luis XV y tendido sobre él á Enrique, decidido á pasarse durmiendo hasta las cuatro de la tarde.

—¡Enrique! ¡Enrique!... ¿Qué es esto?...—le grité al mismo tiempo que lo sacudía cariñosamente para despertarlo.

Y García Alvarez, desperezándose, con los párpados cargados de sueño y el gesto anodado, exclamó:

—Pues esto es una cosa que no debe hacerse con los amigos.

No hice caso de sus protestas.

—¡Vístete ahora mismo!

—¿Para qué?

—Tú vístete y no repliques—agregó Campúa.

—Pero, hombre, ¡no avasalléis de ese modo! ¿Qué es lo que queréis hacer conmigo?...—inquirió con gesto de víctima adormilada.

—Ya lo verás.

—¿Y no os vais si no me visto?...—

—¡Qué nos hemos de ir! Si no te vistes tú, te vestimos nosotros.

—Pues, mira, os lo agradecería.

—¡Anda, hombre, anda!

—Seré una exhalación... ¡Ya veréis!

Y después de abrir la boca diez ó doce veces, frotarse los ojos y estirar y retorcer los brazos, saltó del lecho.

Para dar á mis lectores idea de la rapidez eléctrica de nuestro visitado, les diré que á la una menos cinco comenzó á vestirse y acicalarse y á las cuatro menos cuatro minutos salíamos de su casa. Un coche de punto nos esperaba en la puerta.

—¿A dónde vamos?—indagó Enrique.

—¡Al restaurant más próximo!—exclamé yo, que llevaba una debilidad que no he sentido jamás por ningún amigo.

A los pocos minutos estábamos instalados en una mesa del Lion-Bar. En el comedor grande hallábanse reunidos los mauristas en la fraternidad de un banquete. Hasta nosotros llegaban los «Maura, sí» y los frenéticos aplausos. Al advertir ésto García Alvarez, preguntó con ingenuidad:



Enrique García Alvarez, al ser sacado del lecho para hacer esta información

—Oye, ¿estaré mal que yo esté aquí tan cerca de los mauristas?... Por que como soy de García Prieto...

Reimos este inocente escrúpulo político.

Mientras que Campúa se las entendía con el camarero ordenando el *menú*, yo empecé á interrogar á García Alvarez, que ya devoraba un panecillo de Viena.

—Dime, Enrique, ¿cuántas obras tienes estrenadas?...

—Ochenta, entre sainetes, zarzuelas, comedias, pasillos y revistas—me contestó con la boca llena de pan.

—Y entremeses, ¿no tienes?

—Ahora los traerán...

Se rió el chiste. Dicho por él, que es el hombre de más *vis* cómica que he conocido, tenía gracia. Continué:

—De las obras que has estrenado, ¿cuál te parece mejor?...

—¡Hombre, en este momento, con el hambre que tengo, la que me parece mejor es *El Pollo!*...



García Alvarez (el maestro García), en su piano

—¿Qué Pollo?

—*El Pollo Tejada*.

—¿Y después?

—*Los cocineros, Los rancheros y La torta de Reyes*, y hasta que coma algo no me preguntes, porque no se me ocurrirán más que los títulos nutritivos.

Llegó el camarero y nos sirvió un suculento plato. Después de apurarlo, proseguimos el diálogo:

—¿Cuántos años tienes, Enrique?...

Se quedó un instante perplejo.

—Mira: pon los que quieras, pero ya puedes calcular, por mi natural frescura y fragancia, que soy mucho más joven que Antoñito Casero.

—¿Y á qué edad empezaste á escribir?...

—Cuando tenía diez y nueve años estrené mi primera obra, que fué *La trompa de caza*, en el teatro Es-lava...

—¿Cuál es la obra que más dinero te ha producido?...

—No me hagas caso, pero yo creo que *La marcha de Cádiz, La alegría de la huerta, El pobre Valbuena, Alma de Dios*; á éstas han seguido *El perro chico, El terrible Pérez* y otras.

—¿Cuántos colaboradores has tenido?...

—Muchísimos.

—¿Con quién te has entendido mejor para colaborar?

Meditó el «Rey del Chiste». Su perenne expresión de aburrimiento y somnolencia, tornóse en un gesto de triste decepción y honda amargura; después, con espontánea nobleza, exclamó:

—Con Arriches... Lo uno no quita lo otro, y como eso es la verdad, yo no debo decir otra cosa. ¿Oyes tú?...

Y con un poco de remordimiento por haber entristecido al buen amigo, acudí rápido con el aturdimiento de una nueva pregunta:

—A tí, ¿qué te gusta más, Enrique, hacer libros ó hacer música?...

—Hacer música.

—¿Qué números se han popularizado de tus obras?...

—Muchísimos... «El pompón», de *El pobre Valbuena*, el «Baldomera, Baldomera», de *El ratón* y muchas más. Figúrate que yo habré hecho en esta vida más de 200 números de música y todavía mis queridos compañeros me llaman «el maestro García». ¿Oyes tú?

—¿Cuál ha sido en el teatro tu característica?...

—Las tiples.

—Tú tendrás muchas anécdotas de tu vida. Cuéntame alguna.

—Muchas, ¿oyes tú?... Muchas; casi todas entre coristas hembras, segundas tiples y demás, pero no te las relato porque eso «lo saben las madres...» ¡Hombre! Se me ocurre una. Verás. Hace algunos años concerté una fuga con una selecta tiple, muy popular entonces, porque en una revista cantaba un *couple*, llamado «del carbón», que armaba un *cisco* todas las noches. Quedamos en que me esperaba en un coche y nos iríamos á Troncoso, donde vivía un tío suyo. Pero ya sabes mi carácter, chico; quiso Morfeo que me quedase profundamente dormido á la hora precisa de la cita. Cuando desperté, había pasado la hora convenida y *¡tres más!*, en cuyo tiempo se enteró la familia de la *esperante* y la restituyó al domicilio entre denuestos y de los otros. Resumiendo: que, por quedarme dormido como un tronco, no fuimos á Troncoso. A los tres días la bella tiple me decía, llorando á lágrima viva—y que viva muchos años: —«¡Ay, Enrique, qué decepción!... Esto que era el sueño de toda mi vida...» —«Ha quedado reducido á una siesta»—le contesté yo.

—¿Recuerda alguna que no sea pasional?

—Recuerdo bastantes—repuso Enrique después de rememorar unos segundos,—pero en la imposibilidad de referírtelas todas, voy á

contarte una que te dará exacta idea de mi debilidad de carácter. Había salido para Lisboa una notable compañía dirigida por el gracioso Emilio Orejón—q. e. p. d.—y de la cual era empresario D. Manuel Reyes, aquel hombre tan rumbo y tan apasionado por el arte lírico. A los pocos días, Alfredo Navacerrada, su representante en Madrid, vino á buscarme una mañana y, con engaños, pretextando, no sé si un paseo ó una jira campestre, me sacó de casa, de idéntica forma que me habéis sacado hoy vosotros, pero en vez de traerme á un *restaurant*, me llevó á la estación de las Delicias y me zampó en un vagón de primera, donde había una señora de ídem, y entregándome un billete de ídem, ídem, me espetó de buenas á ídenes estas alarmantes palabras:—«¡Querido Enrique! Tengo el gusto de participarte que vas á Lisboa donde te espera Reyes dispuesto á tratarte como á un príncipe»—«¿Y con qué objeto voy á Lisboa?»—pregunté estupefacto.—«Con esta maleta»—me respondió entregándome un saco de mano. Y antes de que yo pudiera repormerme de mi sorpresa, partió el tren. Hay que advertir que yo iba sin dinero y sin viandas, es decir, que en aquel momento no era ni capitalista ni *viandante*. Yo confíe en que mi compañera de viaje, que era guapa y robusta, llevaría algo de carne, pero ¡que si quieres! á los pocos momentos me convencí que no llevaba más que la que la Naturaleza, pródiga, le había concedido. Al llegar á Leganés ¡ya iba loco! La *gazuz* había comenzado sus estragos en mi desierto estómago y miraba á mi compañera de viaje con la misma ferocidad de un antropófago. Se detuvo el tren y una voz bronca anunció:—«¡Fuenlabrada!... un minuto.»—Yo vi bailar ante mis desalentados ojos á la propia *Tia Javiera* agitando un serón abarrotado de rosquillas. Y el tren siguió su marcha, para volver á detenerse, y otra voz gritó:—«¡Cabañas!... dos minutos.»—Yo que soy muy aficionado al buen tabaco, dí un salto, pero pronto reflexioné que *Cabañas* sin comer era una locura. El hambre continuaba en aumento. Afortunadamente, el tren no se detuvo ni en *Villa-miel* ni en *Cebolla*,

porque si se detiene borro del mapa los dos pueblos susodichos. Y, desfallecido, aniquilado, soñando con solomillos, chuletas de ternera, muslos de pollo, y otras estupideces por el estilo, entré en Lisboa. En el andén esperaban mi llegada 40 ó 50 individuos de la compañía, con el simpático Reyes y Pascual Frutos al frente. Al asomarme á la ventanilla, gritaron todos con en-

puesta en el costado.—¡Que no puedo reirme más, chico!... De verdad... ¡qué me duele el vacío!...

—Pero, Pepe, ¿es posible que tengas algo vacío en tu cuerpo después de la barbaridad que has comido?...—preguntó Enrique con cómica sorpresa.

Se repitieron las risas.

En esto, el Sr. Ossorio y Gallardo, que presidía el banquete maurista, al saber que estábamos allí, nos envió un recado invitándonos á pasar al salón, donde se nos haría un cariñoso recibimiento. Nosotros rehusamos tan *gallarda* galantería, correspondiendo á ella enviándole nuestras tarjetas, respaldadas, con estas palabras: «¡Maura, sí!».

Oímos vivas á LA ESFERA, á *Mundo Gráfico* y á algo más...

Encendimos nuestros vegueros y salimos á la calle. Allí nos encontramos con Polo, el desnurrado autor cómico. Enrique mandó detener un coche.

—¿El caballo no puede con nosotros—exclamó Campúa al ver las hechuras del flacucho jaco.

—Ya lo creo, señorito—aseguró el cochero—. Ayer, sin ir más lejos, estuvo en el Campamento.

—Y ganó el campeonato de tiro—agregó Enrique muy serio.

Cuando el coche marchaba con los cuatro, amontonados en sus asientos, yo le pregunté al Rey del Chiste:

—¿Qué obras preparas?

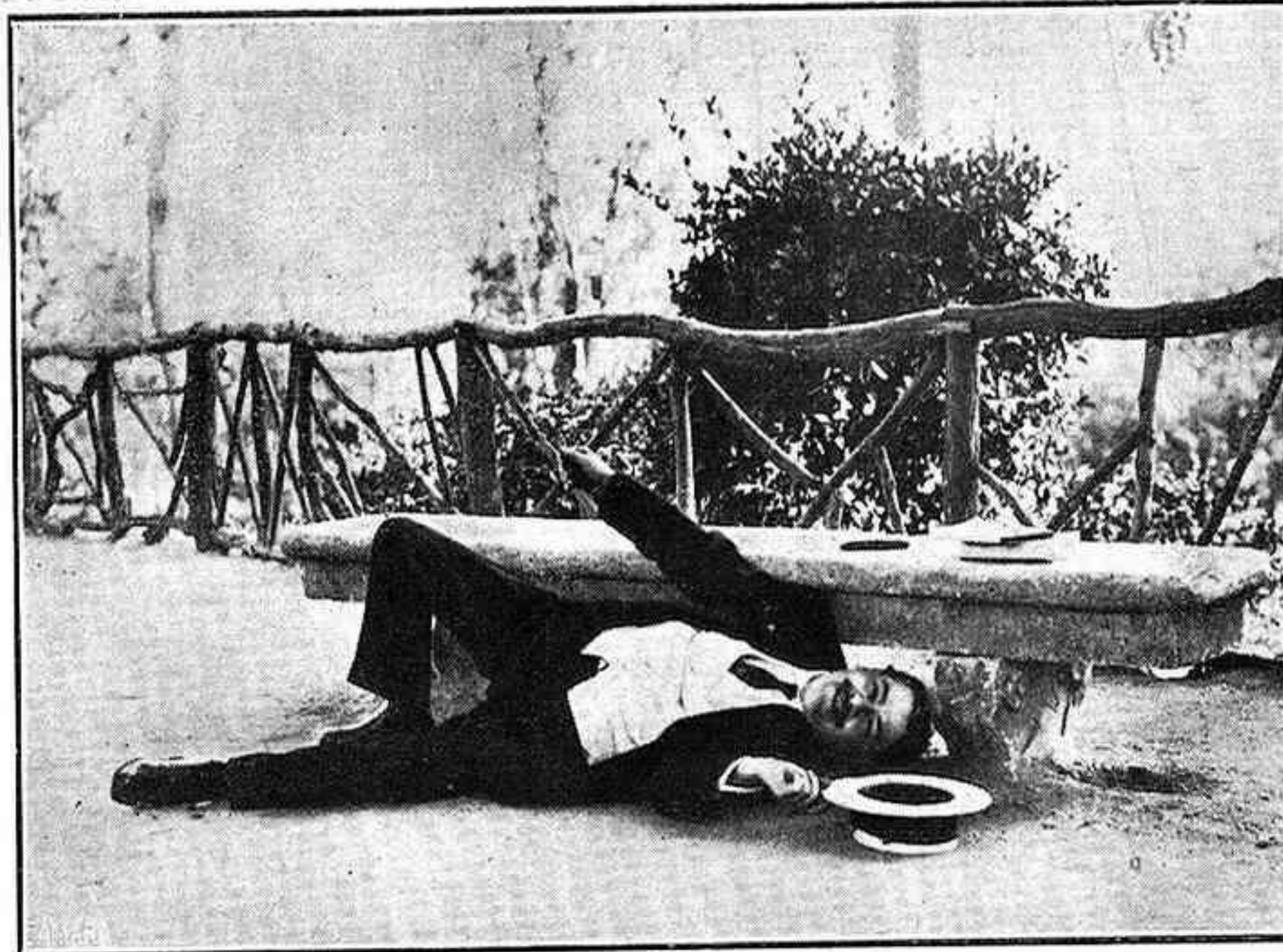
—*La Venus de piedra*, con López Monis, música de Alonso y mía. La estrenaremos en Apolo á principios de temporada. Veréis qué gracia tiene; aquí la traigo—dijo sacando del bolsillo un libro de cuartillas—. También tengo una comedia en dos actos para Cervantes en colaboración con este simpático Polo, que lleva por título *El farol de Diógenes*.

—¿Se tratará del filósofo?...

—No; se trata de un sereno.

Y sin decir una palabra más, García Alvarez comenzó la lectura de *La Venus de piedra*. Hasta el cochero se desternillaba de risa.

EL CABALLERO AUDAZ



García Alvarez riéndose un chiste

tusiasmo:—«¡Viva García Alvarez!...» Y yo, que estaba viendo que no vivía ni cinco minutos más, vociferé, sacando fuerzas de *flaqueza*: «¡Un *restaurant*!... ¡Un *restaurant*, que me muero!...» La carcajada fué múltiple y atronadora. En esto fijáronse mis ojos en la puerta del jefe de estación sobre la cual, en letras enormes, se leía: «CHEFE ESTAÇÃO». Ví el cielo abierto. Descendí del vagón, como un rayo, y empecé á gritar: «¡El jefe!... ¡Qué me traigan al jefe!...»—«¿Para qué lo quieres?»—me preguntó Frutos.—«¡Para comérmelo, porque así, *asao* debe estar riquísimo!» Y si no me sujetan, entre todos, yo acabo mis días en la cárcel de Lisboa.

—¡Cállate ya, Enrique!—pudo decir Campúa, casi ahogado por una carcajada, y con la mano



Un éxito de lectura de García Alvarez

FOTS. CAMPÚA

EL CUENTO DE NUNCA ACABAR

Sonó el timbre. La doncella abrió la puerta. Un precioso *groom* le entregó una carta firmada. Se escuchó el argentino timbre de la voz de la doncella, que dijo: «El señorito está *roque*».

—Pus cuando se despabile que le entreguen esa esquelita, que se entere del contenido y *gorveré*.
—Adiós, rico—dijo la doncella; y dirigiéndose a mi dormitorio, abrió los balcones, llenando Febo mi habitación de una claridad meridiana.

—Señorito—musitó la fámula,—esto acaban de traer.

Rasgué el sobre cuadrangular y leí, ávido, su contenido.

«Querido Enrique: El Polo Norte a tu lado es algo así como el Horno de San José. Hace mes y medio me prometiste un cuento y hasta la fecha, ¡que si quieres! Por lo visto eso va a ser *El cuento de nunca acabar*.

»Como a las tres de esta tarde no me entregues el original prometido, te recomiendo, como medida de precaución, que te despidas cariñosamente de tus deudos y amigos, porque a las cinco serás un *fiambre*. ¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo! Tu matador, EL CABALLERO AUDAZ.»

«P. D. La *browning* es una preciosidad».

¡Cielos! ¡Temblé! Echéme de la cama, cubrí mis desnudeces con un ideal *pyjama*, cuyo importe aún no he satisfecho, fuíme al despacho, empuñé la péñola, recliné mi artística cabeza sobre el índice de la mano derecha, y comencé a torturarme la calabaza.

El conflicto era de órdago a la grande, ó, como vulgarmente se dice, *d'après nature*. Pero no había más remedio. Baja a mi mente, inspiración cristiana—y enciende en mí la llama creadora,—porque si no hago el cuento hoy ó mañana—va a dar en el reloj mi última hora.

Y vamos con el cuento...

LA BALADA DE AMARANTINA (CUENTO MEDIOEVAL)

Las tres y cuarto de la mañana, acababan de dar en un reloj de sol. Amarantina dormitaba sobre un lecho de blandísimas plumas, y de apariencia regia y costosa. (Vamos, quiero decir, para que se me entienda, que era un lecho de dos ó tres mil *plumas* por lo menos.)

Amarantina era una mujer de la Edad Media, ó de la media edad, que de ambas maneras puede decirse, y, en último caso, lo digo yo y basta. Mis lectores se habrán percatado de que la edad media de Amarantina, era la de cuarenta y cinco años cumplidos... y con la papeleta perdida.

¿Con qué soñaba Amarantina?... ¡Cualquiera lo sabe! Es decir, cualquiera puede que lo sepa, pero yo lo ignoro.

Las cuatro y veintidós volvieron a sonar en el susodicho reloj de Febo. Y es que el tiempo sigue su marcha; estoy convencido de que no le detiene ni Menéndez Alanís.

Dejemos soñar a Amarantina y conduzcamos a los lectores fuera del suntoso aposento.

Una calle solitaria se ofrece ante nuestra vista, y... puesto que se ofrece, la tomamos. Nada de particular se observa en ella; pero ojos escrutadores hubieran visto que un bulto se deslizaba sigilosamente, como reluyendo miradas indiscretas. El bulto detúvose frente al palacio de Amarantina, y tras de largar un estridente silbido exclamó quedamente:— ¡Caray, qué frío hace!—Y se frotó las manos.

Volvamos al dormitorio de Amarantina. El silbido que lanzara el misterioso bulto, despertó a la soñadora, que, incorporándose en el lecho, balbució con el rostro inundado de placer:— ¡Debe de ser ese sinvergüenza!... ¡Pues me va a dar la noche!—Y acto seguido, de una mesilla cogió un vaso etrusco y apuró su contenido.

Un nuevo silbido, más prolongado que el anterior, y más tenue que el que había de oírse a la postre, resonó en la oquedad de la noche.

— ¡Es Don Lope, no me cabe duda!—murmuró Amarantina.—Y no me cabe duda—repitió,—porque siempre que viene Don Lope ¡silba!

Volvamos a la calle.

Entreabriéronse unas vidrieras bizantinas, y apareció la indecente figura de una dueña que arrojó a la calleja una llave descomunal, que, mal dirigida, fué a caer sobre la cabeza del bulto, que no pudo reprimir esta delicada frase familiar:— ¡Ay, mi madre! ¡Qué bestia!

Y desde aquel instante fue-

ron dos los bultos que había en la calle: el bulto de Don Lope y el de la cabeza de Don Lope.

Al percatarse la dueña de que con la llave había abierto la cabeza del bulto y de que el bulto de la cabeza tomaba proporciones alarmantes, se llevó las manos a la cabeza, cosa que no había hecho Don Lope, y exclamó, alarmada:— ¡He metido la pata!—y huyó despavorida.

Volvamos al dormitorio de Amarantina. Amarantina saltó nerviosa del lecho y, como ya queda apuntado, bebió ávida el contenido del etrusco vaso, que no era otra cosa que vino de Peptona (provincia de ídem). De modo que saltó y vino... Y con voz tremante llamó a la ya conocida dueña, de la cual era ama:— ¡Segunda!—

Y repitió impaciente:— ¡¡Segunda!!

Al ver que ésta no acudía, tornó a gritar:— ¡¡¡Iníga!!!

En el dintel de la puerta, ¡naturalmente!, apareció Iníga, doncella de peregrina belleza.

— ¿Qué ordena mi ama y señora?

— ¡Presto, Iníga! ¡Un salto de cama!

— ¿Cuál deseáis, señora? ¿El que tiene bordada la amapola, la trucha ó el cisne?

— ¡Dame el salto de la trucha!

Iníga cumplió el mandato rápidamente y, con una seriedad digna de Marco Tulio, *El chabacano*, dió el salto y desapareció.

El silbido que ya hemos tenido el gusto de anunciar, dejóse oír, pero tan proiongado, que más parecía de sirena que de *silbante*.

Amarantina abrió el balcón y, apoyándose en los hierros, exclamó *fabril y manufacturera*:

— ¡Lope!

— ¡Amarantina!

— ¿Eres tú, mi sol?

— ¡Tu sol, sí!

— ¡Gallofero!

— ¡Mi sol, sí! ¡Mi sol, sí!

— ¡Ahí vá la *escala*!

Y Amarantina arrojó a la calle una elegante escala de seda cruda, por la que trepó el bulto con agilidad de chimpancé.

Volvamos a la calle. Comenzaba a clarear. El cielo, de un purísimo azul turquí, anunciaba un espléndido día. Los aviones surcaban el espacio. Los ruiseñores trinaban melodiosamente. También trinaban las golondrinas. Trinaban los canarios. Pero el que venía *trinando* de veras era el esposo de Amarantina que, de vuelta de una partida de pesca, y cargado con los trebejos, quedó sorprendido al aparecer en la calle y ver pendiente del balcón de su casa la delatora escala.

El nuevo personaje, y pescador de caña, amén de marido de la casquivana Amarantina, era don Pero de Zúñiga y Gómez de la Patilla Corta.

— ¡Rayos y truenos!—exclamó dando un crédito enorme a lo que veía.— ¿Será posible?

Y tras un leve titubeo, vociferó cavernosamente el desgraciado pescador:

— ¡Centellas y Avellaneda!... ¡Mi mujer me la pega!... ¡No sé si con *Syndetikon* ó con otro!... ¡Yo los pesco!!

Y acto seguido intentó agarrar la *escala*, pero como estaba ronco por la humedad del Jarama, no pudo agarrarla como él quería. Y, desistiendo de su propósito, se dirigió a la vetusta puerta de la señorial mansión y, colgándose materialmente de los artísticos aldabones, dió cinco golpes espantosos, mientras murmuraba *in méntibus*:

— ¡Estos golpecitos son tortas y pan migado para los que voy a arrear arriba!

En el balcón apareció Amarantina, trémula y desencajada.

— ¡El pescadero!—exclamó.— ¡Digo, el pescadero! Y, despavorida, cerró las vidrieras.

Abrióse en esto el portón, apareciendo en el umbral la repugnante figura de la Segunda, que fué la primera atropellada.

Don Pero de Zúñiga y Gómez de la Patilla Corta ganó la escalera, atravesó un pasillo, dió un puntapié tremebundo en la puerta del dormitorio de Amarantina, cuyos goznes saltaron hechos cisco de retama, y penetró en la estancia.

Volvamos a la calle.

Una buñolera instaló su tenderete debajo del balcón del palacio donde se desarrollaba la tragedia, en el preciso momento en que Don Lope, haciendo caso omiso de la escala, tiróse como un fardo, yendo a caer sobre el elegante establecimiento acabado de inaugurar. El asombro de la comerciante fué de los que marcan una etapa en la Historia pero no pudo expresarlo, porque una bala perdida (es decir, no tan perdida) la entró por un oído y le salió por el otro.

¡Requiescat in pace!

Don Lope, al darse cuenta de *la desgracia*, dijo febricitante y con un pánico que podía quedar como modelo de *canguelistas* futuros:

— ¡Rebñuelo! ¡Que tiran a dar!—Y apretó a correr.

Pero a las veinte zancadas una nueva bala cortó el hilo de la existencia de Don Lope, que vino a caer de bruces sobre el mal empedrado pavimento que le recibió con absoluta indiferencia. ¡Acompañemos a su distinguida familia en su legítimo dolor!

Otro nuevo tiro se dejó oír. Don Pero parecía dispuesto a ganar el campeonato.

La víctima inmolada esta vez fué la descacharrante Iníga que entregó su alma a Dios con un desprendimiento nada común.

Se escuchó el último tiro. ¡Gracias a Dios!

Este lo aprovechó el propio Don Pero de Zúñiga y Gómez de la Patilla Corta, que no encontrando por ninguna parte a la infiel, y loco ya de desesperación, decidió acabar sus días, diciendo al tiempo de exhalar el último suspiro:

— ¡Muerdo con honra! ¡A mí no me engaña nadie!...

Volvamos... ¡Volvamos la hoja!

Al año, ó cosa así, veíase vagar una macilenta sombra por los jardines de un palacio triste, sito en las afueras de Madrilejo de Enmedio.

No hay para qué decir que la sombra era la infeliz Amarantina Garcilaso de Zúñiga y Gómez de la Patilla Corta. La desgraciada se había vuelto loca, a raíz del pequeño escándalo que tuvo lugar en la solariega casa, la cual desde aquel instante quedó más *solariega* todavía.

¡Pobre Amarantina! En su delirio insano, entonaba con dulce melodía la balada que tengo el honor de transcribir:

— ¡Muerdo con honra! ¡A mí no me engaña nadie!...

Volvamos... ¡Volvamos la hoja!

Al año, ó cosa así, veíase vagar una macilenta sombra por los jardines de un palacio triste, sito en las afueras de Madrilejo de Enmedio.

No hay para qué decir que la sombra era la infeliz Amarantina Garcilaso de Zúñiga y Gómez de la Patilla Corta. La desgraciada se había vuelto loca, a raíz del pequeño escándalo que tuvo lugar en la solariega casa, la cual desde aquel instante quedó más *solariega* todavía.

¡Pobre Amarantina! En su delirio insano, entonaba con dulce melodía la balada que tengo el honor de transcribir:

— ¡Muerdo con honra! ¡A mí no me engaña nadie!...

Volvamos... ¡Volvamos la hoja!

Al año, ó cosa así, veíase vagar una macilenta sombra por los jardines de un palacio triste, sito en las afueras de Madrilejo de Enmedio.

No hay para qué decir que la sombra era la infeliz Amarantina Garcilaso de Zúñiga y Gómez de la Patilla Corta. La desgraciada se había vuelto loca, a raíz del pequeño escándalo que tuvo lugar en la solariega casa, la cual desde aquel instante quedó más *solariega* todavía.

¡Pobre Amarantina! En su delirio insano, entonaba con dulce melodía la balada que tengo el honor de transcribir:

— ¡Muerdo con honra! ¡A mí no me engaña nadie!...

Volvamos... ¡Volvamos la hoja!

Al año, ó cosa así, veíase vagar una macilenta sombra por los jardines de un palacio triste, sito en las afueras de Madrilejo de Enmedio.

No hay para qué decir que la sombra era la infeliz Amarantina Garcilaso de Zúñiga y Gómez de la Patilla Corta. La desgraciada se había vuelto loca, a raíz del pequeño escándalo que tuvo lugar en la solariega casa, la cual desde aquel instante quedó más *solariega* todavía.

¡Pobre Amarantina! En su delirio insano, entonaba con dulce melodía la balada que tengo el honor de transcribir:

— ¡Muerdo con honra! ¡A mí no me engaña nadie!...

Volvamos... ¡Volvamos la hoja!

Al año, ó cosa así, veíase vagar una macilenta sombra por los jardines de un palacio triste, sito en las afueras de Madrilejo de Enmedio.

No hay para qué decir que la sombra era la infeliz Amarantina Garcilaso de Zúñiga y Gómez de la Patilla Corta. La desgraciada se había vuelto loca, a raíz del pequeño escándalo que tuvo lugar en la solariega casa, la cual desde aquel instante quedó más *solariega* todavía.

¡Pobre Amarantina! En su delirio insano, entonaba con dulce melodía la balada que tengo el honor de transcribir:

— ¡Muerdo con honra! ¡A mí no me engaña nadie!...

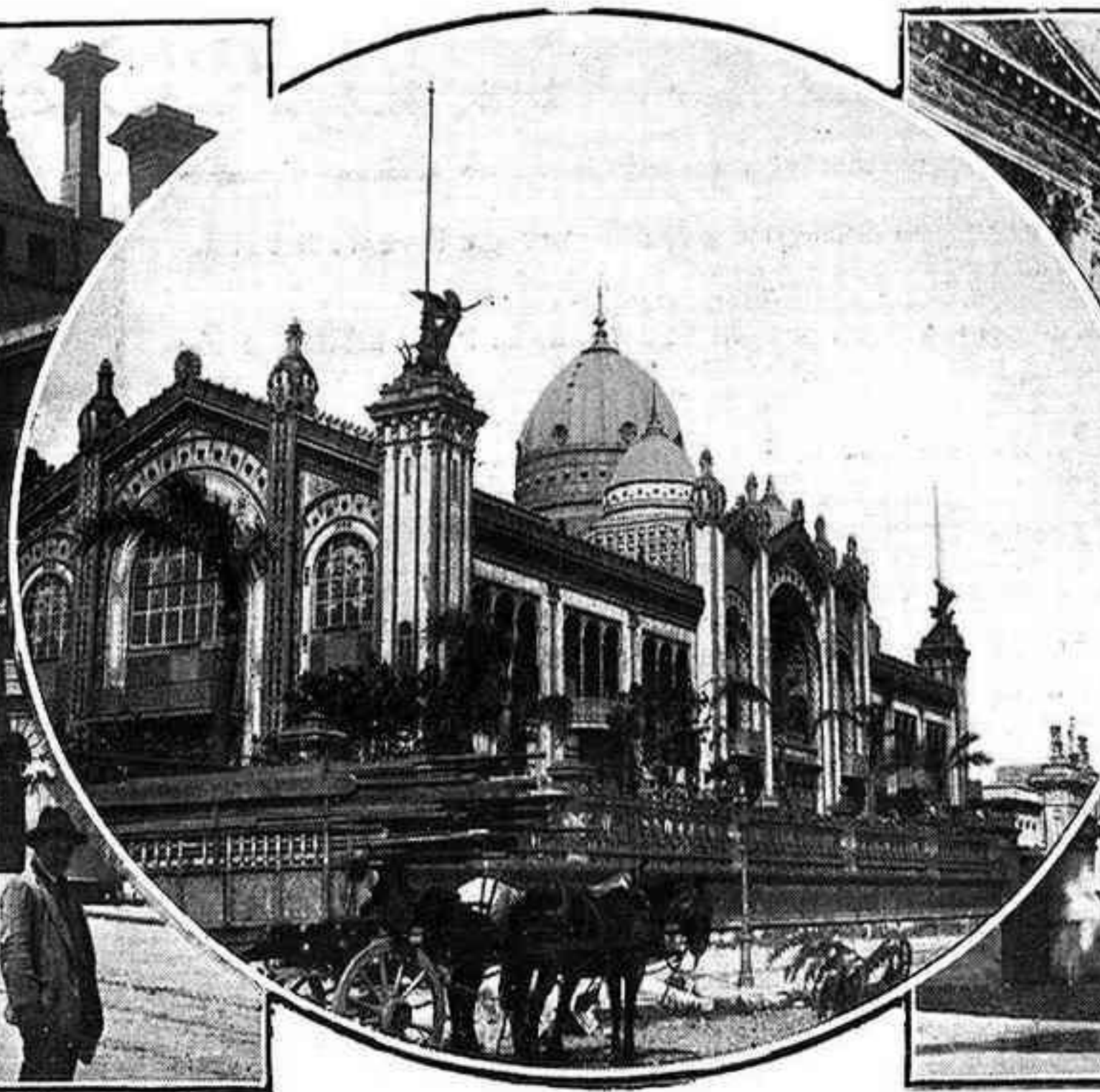
Volvamos... ¡Volvamos la hoja!



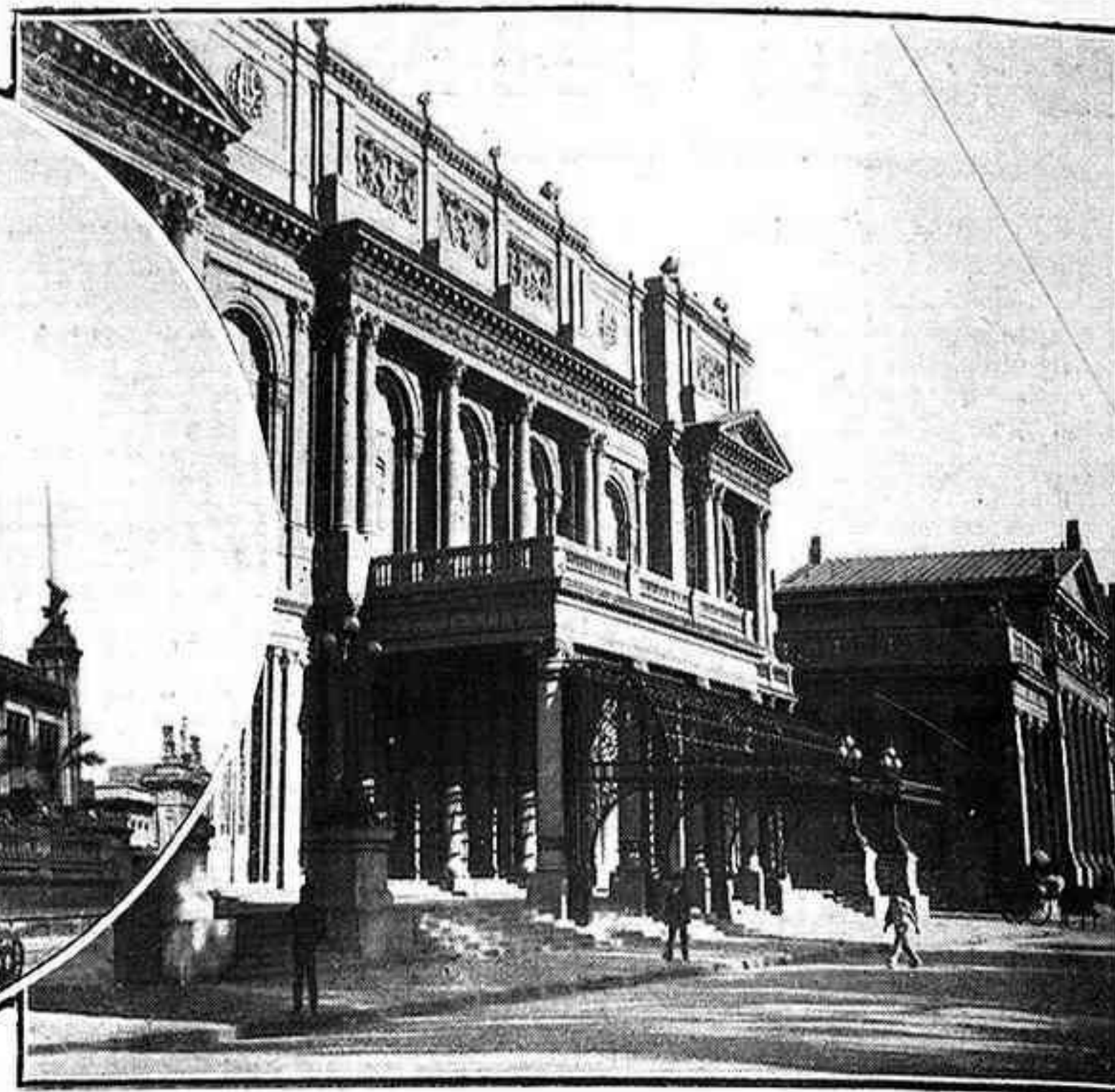
Morena: por tu querer
estoy pasando fatigas,
si me quieres, dímelo;
y si no, no me lo digas...
ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ
DIBUJOS DE TOVAR



Estación del ferrocarril del Sur



Palacio de Bellas Artes



Fachada del Teatro Colón

¡BUENOS AIRES!

A CODADO sobre el antepecho del trasatlántico, en esas tardes melancólicas del Ecuador, he dejado volar á la fantasía por aquellos espacios y he fabricado castillos y resuelto problemas insolubles, mientras el barco, centro perpetuo de un círculo infinito, se deslizaba mansamente por las aguas abandonadas á su pereza bajo el calor asfixiante de los trópicos.

En la enervadora monotonía de un largo viaje por mar hay tiempo para aburrirse en todas partes: en el comedor, en la sala de música, en el fumador, en la cubierta de paseo, en el estrecho espacio del camarote que tiene siempre ante los ojos, como para avisar el recuerdo del peligro, al heroico salvavidas.

Únicamente se aleja el tedio cuando se lee ó cuando se abstrae uno en las honduras del pensamiento. Por eso yo guardo una viva gratitud á las soberanas tardes tropicales, tórridas, sofocantes, que quitaban á las bulliciosas señoritas de la cámara actividad y energías para organizar diversiones, haciéndolas caer en espasmos letárgicos, y acallaban el fervido ritmar de las espumas que circundaban al barco como un blanco cinturón de nieve.

En la soberana paz vespéral de aquellas latitudes, sólo se escucha el fatigoso jeadar de las máquinas, el rojo crepitar de las calderas, el nervioso rodar de la hélice que rompe con sus fieras zarpadas de monstruo la serenidad augusta de los mares.

Fijo en mi sitio habitual, con la cabeza sujeta entre las palmas de las manos, he soñado que viajaba sobre un mar de oro camino del ansiado país de la felicidad, y he visto, en el cielo, cómo las nubes de grana, de ópalo y de azul formaban quiméricos ejércitos de terribles gigantes que se acometían ciegamente, y cómo un rayo de sol, rompiendo el vellón de una nube blanca, me ofrecía, desde las lejanías de lo imposible, la imagen de Venus virgínea, pulida de formas, rosada de carnes, túrgida de senos, tendida muellemente sobre el haz luminoso, abandonados al viento los largos rizados de seda y hendiendo voluptuosa, como una sultana, las aguas verdes con su pequeño pieccecito de nácar...

Yo he visto sobre la amplia cubierta de proa montones de miseria, carne humana repugnante y hedionda, apiñada sórdidamente; cuerpos broncíneos de unos hombres recios, musculosos, de cabelleras hirsutas y rostros altivos; cuerpos flácidos, anémicos, miserables, de unas pobres mujeres abnegadas que amamantaban á sus pequeños con las hieles de sus amarguras.

Obscuro y sombrío este horrendo cuadro del dolor humano, tenía también nubes rosadas y horizontes felices. En aquellas cabezas de cabello crespo y agresivo vivía la ilusión; bajo la pesadumbre del llanto femeni-

no renacían las dulzuras de la esperanza. El maleficio quedó allí en la España negra, en la tierra hidrópica, bajo el sol implacable que agostaba las mieses, secaba los arroyos y consumía el agua de los veneros para que no quebrasen en las rocas verdinegras los cantares de su alegría.

Y á las seis de la tarde, cuando la campana se oía en la quietud del mar, con la solemnidad de un salmo y los esposos se despedían para acostarse, los cuerpos misérrimos bajaban por la boca de la negra bodega húmeda y malsana y en los viles camastros dormía la materia, mientras el espíritu iluminaba los semblantes sufridos con radiaciones de felicidad.

Ibamos á Buenos Aires. La Meca, el término, la resolución del problema para todo buen español. Porque todo buen español guarda sus fervores para la iglesia, su entusiasmo para los toros, su odio secular para el africano, su esperanza y su actividad para América y su censura agria y cruel para esta pobre tierra macilenta y resignada que, como las madres buenas, paga las ingratitudes de sus hijos con su perdón y sus cariños.

Extraño pensar el mío bajo el influjo del sol ecuatorial. Revivió en mí el mito de Colcos. Aquellos hombres cobrizos me parecieron argonautas fieros, que iban á la conquista del vellocino de oro, surcando la inmensidad de los mares azules en la nave *Argos* y con la esperanza de una nueva Medea que ayudase á Jasón á romper las ligaduras del encanto. Pero ¡ay! que los ví volver harapientos y sombríos después de un calvario cruento, confirmando los presagios que hacía mi pesimismo, mientras el vigía trepa-

ba con agilidad felina por las movibles escalas para otear el horizonte desde la altura de la cofa, y el cordaje se mecía dulcemente, como si pulsado por una mano gigantesca é invisible, se estremeciera ritmando una melodía mística...

ooo

Buenos Aires no es América para nuestro pueblo. La emigración española no concibe más América que la de los bambúes, las cacatúas y las palmeras, á cuyo amparo el negro calmoso de palabra dulzarrona, desgrana soñoliento las notas de la guajira y rompe con el machete de filo delgado la caña de azúcar y la agridulce chirimoya.

Y Buenos Aires no es eso. Buenos Aires es una gran población que compite ventajosamente con muchas famosas urbes europeas. Una ciudad universal, cosmopolita. Viste el frac con la distinción y desenvoltura de un gran señor y sujetando á la cintura la bombacha, cabalga sobre un potro criollo y atraviesa por cientos las leguas de la pampa que tiene la desolación de una llanura pelada, el desamparo del desierto sahareño.

Como pueblo joven es vigoroso, emprendedor y activo. En su ansia de ser, no se estaciona. Avanza, lucha, vive en constante evolución, pelea por el progreso y se enorgullece de figurar á la vanguardia de las naciones civilizadas y poderosas.

Por sus calles rectas, simétricas, agobiadoras, corre la fiebre del negocio y de la ambición. Una actividad que es riqueza y garantía de prósperos destinos inunda las amplias vías, impulsa raudamente á los automóviles, hace sonar con nerviosismo histérico las campanillas de los tranvías, fustiga airada á los caballos de los simones y apretuja al hormiguero de la muchedumbre en un tragín perdurable, sin paréntesis ni descanso, por las anchas aceras de la Avenida de Mayo, lujosa y señorial.

Quizás peque de exceso de simetría, de abuso de proporción. La línea recta siempre tendida frente á los ojos, deprime el espíritu. Las calles largas, enormes, juntan allá á lo lejos sus edificios, como se junta siempre en el horizonte visible, con engaño de los ojos, el cielo con la tierra y con el mar. Falta en la hermosa ciudad porteña el encanto del declive, el atractivo de lo desigual y poliforme. La variedad.

Por las tardes cuando el afanar del día pasó y los negocios se realizaron, los coches lujosos cruzan la aristocrática Avenida Alvear, con dirección á Palermo. Reclinada muellemente en los autos, la mujer argentina es gala de los jardines, recreo de los ojos y martirio del espíritu. Tiene en su cuerpo flexible y gracioso, derecho como un junco, la española ga-



Depósito para el abastecimiento de aguas



Avenida de Mayo



Palacio del Presidente

llardía y el garbo y el donaire de las magas mujeres andaluzas. Sus pupilas retratan la placidez de aquel cielo tenue, y en los labios encendidos los genios del amor pusieron el misterioso veneno de sus hechizos.

Como en París van ostentosas á sus hipódromos y visten trajes que compiten en fastuosidad y en gusto con los de la famosa capital francesa.

En este mar de lujo y de dinero no se embota la inteligencia. La austeridad de los gabinetes de trabajo hace hombres de mérito, enriquece y eleva la mentalidad argentina, y, en un bello florecimiento cultural y artístico, se forman sabios estadistas, hábiles diplomáticos, periodistas eruditos, escritores brillantes y poetas ricos en fantasía y en rebeldes inspiraciones.

Este movimiento persistente hacia el ideal, el cariño hacia el infolio vetusto y hosco que enseña desde la polilla de los armarios el lomo redondo, como un arcano sombrío é indescifrable, ha echado la raigambre de una cordialidad, fuerte y duradera, entre los argentinos y nosotros.

El tiempo reivindicador y justiciero ha posado su planta indiferente y segura sobre los hechos y sobre las cosas. Se llevó á los hombres, marchitó los laureles victoriosos, borró la mancha roja que fiñó con sangre de hermanos la tierra estremecida, apagó en la mirada sombría el llamear de los odios y, marchando marchando, en un éxodo interminable, sin descansar en su penosa tarea de hacer y deshacer mundos y vidas, alegrías y lágrimas, preparó la ocasión del abrazo fraterno, cordial, entrañable que, á vuelta de un siglo, hubieron de darse en la plena alegría de las horas de júbilo, la vieja madre achacosa y soberana, nimbada por la nobleza de su abolengo y la grandiosidad de su historia, todo recuerdo y pasado, con la joven república, vibrante y poderosa, todo riqueza y poderío, efectividad presente y segura esperanza de porvenir.

A esta consecuencia hidalga y gloriosa no fué ajeno el estudio, ni esquivo la idea. El libro, el periódico, la conferencia, la muda cuartilla que recoge de los puntos de la pluma alegría, pasión, sentimiento y vibraciones de los espíritus, obraron el milagro sin estridencias ni escarceos. Calladamente, reposadamente, como corresponde á toda labor noble y de tan alta jerar-

quía. Esta comunicación, esta convivencia espiritual estableció una corriente romántica, á cuyo influjo se fundió la compenetración psicológica de ambas nacionalidades.

Porque no es el espíritu argentino esclavo del grosero materialismo que domina el vivir sórdido de los yankis.

El poema del Cid le infundió alientos caballescros, la generosidad castellana llenó sus fronteras y en las páginas gloriosas del Quijote halló su más acertada consagración.

El sentimentalismo de la raza vive de los Andes al Plata tan intensamente como del Pirineo al Mediterráneo, y vibra en sus guitarras y canta en sus coplas, que vuelan como pájaros en los atardeceres por la augusta soledad de los campos ubérrimos, y claman amores ó lloran desdenes con la quejumbre perezosa de la *vidalita* ó el ritmo plañidero de los *tristes*.

*Palomita blanca
piquito de oro...*

¡Bella, sugestiva, encantadora gran ciudad del gigante Plata!

ooo

De los muelles de la dársena, se aparta lentamente la masa enorme, férrea y trepidante de un trasatlántico europeo. En el mástil de popa fla-

mea agitada por las brisas una bandera que en su nervioso estremecimiento dijérase unas veces que se alarga como una sombra y otras que se despiden con adioses cariñosos.

Sobre los costados del buque, el pasaje se inclina agitando sus pañuelos. Asoma la alegría á las caras satisfechas, el pesar contrae los rostros angustiados, y en todos ellos se advierte esa muda inquietud que precede siempre á los largos viajes por mar. ¡Que el mar grande, inmenso, blando y dominado por el dulce arrullar de sus ondinias, terrible y furioso en lucha heroica con el aire y los cielos, lleva en sus aguas el caos del misterio, que habla por el musitar de sus espumas, por el murmurar de las olas, perpetuas dicentes de una eterna salmodia indescifrable.

Vuelven al calor de la patria los miserables que emigraron ricos de energías, ansiosos de trabajo, con un caudal de ilusiones y de proyectos dorados. Y tornan tristes, vencidos, llevando en el pecho, cerrado ataud que guarda el cadáver de los sueños, todas las mordeduras del mal.

Dolientes se fueron. El hatillo al hombro y á la zaga la dulce compañera, caminaban á campo traviesa, alzando á intervalos la abatida cerviz y volviendo los ojos, en los que florecía el rocío de una lágrima, hacia el blanco hogar, que se perdía allá lejos entre las brumas azules del amargo amanecer.

Dolientes vuelven. Mudos también despiden á la patria de adopción. Su mirada es torva y su actitud sombría y, en un movimiento instintivo, sus cuerpos exangües, flagelados por todas las crueldades, roídos por todas las miserias, alzan los puños crispados y amenazantes á la lujosa cámara de primavera.

Marcharon vigorosos, sanos de espíritu, animados por la savia fuerte de un noble deseo; regresan mustios, caídos, envueltos en harapos, perdida la fe y triturada el alma.

Pálidos como espectros, sus rudos perfiles aguileños no tienen la altivez de antaño, y sus brazos musculosos de ciclope, se tornaron cansados para seguir forjando los duros eslabones de esta cadena interminable del dolor que nos ata á la vida.

¡Y dichosos éstos que pueden volver!



Palacio del Parlamento

FOTS. PRUDENCIO MUÑOZ

ROGELIO PÉREZ OLIVARES

Solo me faltó un jabón como éste



Jabón

Flores
del Campo

BARTOZZI

Pts. 1.25 la pastilla

Creacion de la Perfumeria Floralia